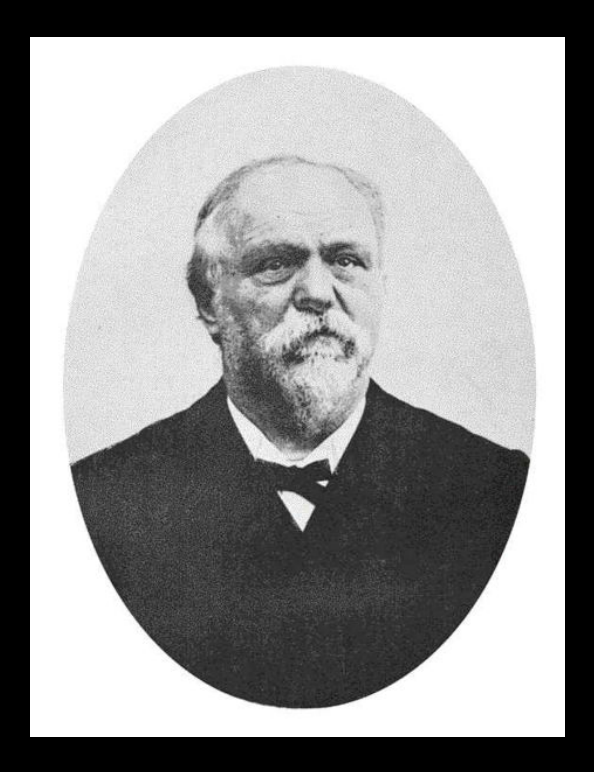
Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea Nº 4



GEORGES SOREL

EL MITO REVOLUCIONARIO



UrKultur

Sumario

Sorel, el primer revolucionario conservador

Sebastian J. Lorenz

De Georges Sorel se ha dicho que fue el primer revolucionario-conservador, al menos, uno de los primeros padres fundadores de la llamada Revolución Conservadora. Así lo han expresado acertadamente Julien Freund, Armin Mohler y Karlheinz Weismann, estos dos últimos co-autores del manuel *Die Konservative Revolution in Deutschland, 1918-1932*. Por ello le dedicamos este volumen monográfico, que contiene no sólo estudios sobre los aspectos más conocidos de su pensamiento, como pueden ser el "mito revolucionario" la violencia y el sindicalismo, sino también otros planteamientos divergentes, por ejemplo, en relación con la libertad y la religión. Y para terminar, un fantástico artículo del Dr. Weissmann sobre la recepción por Armin Mohler del pensamiento soreliano.

Robert Steuckers siempre recuerda, como una referencia constante, los consejos de Armin Mohler invitándole a releer a Georges Sorel y a explorar el contexto de su tiempo. Según Steuckers, "Sorel, que a veces fue llamado el "tertuliano de la revolución", era alérgico al racionalismo estrecho, a los pequeños cálculos políticos que realizaba la social-democracia. A este espíritu de tendero, llevado por una ética eudémonista de la convicción y por una voluntad de excluir de la memoria todos los grandes impulsos del pasado y de borrar sus rastros, Sorel oponía el "mito", la fe en el mito de la revolución proletaria. La ética burguesa, a pesar de su pretensión de ser racional, ha conducido a la desorganización e incluso a la desagregación de las sociedades. Ninguna continuidad histórica y oficial es posible sin una dosis de fe, sin un impulso vital (Bergson). Básicamente, cuando Sorel desafía a los socialistas aburguesados de su tiempo, sugiere una diferente antropología: el racionalismo corta lo real, lo que es malsano, mientras que el mito casa los flujos. El mito, indiferente a todo "final" tomado como definitivo o creado

como ídolo, es el núcleo de la cultura (de toda cultura). Su desaparición, su rechazo, su inutilización. conducen a una entropía peligrosa, a la decadencia. Una sociedad obstruida por el filtro racionalista resulta incapaz de regenerarse, de dibujar y despertar sus propias fuerzas en su relato fundador. La definición soreliana del mito prohíbe pensar en la historia como un determinismo; la historia está hecha por raras personalidades que la impulsan en ciertas direcciones, en períodos axiales (Armin Mohler reanuda la terminología de Karl Jaspers, que Raymond Ruyer utilizará a su vez en Francia). La vision mítica de las personalidades que la impulsan y de los períodos axiales es la concepción "esférica" de la historia, propia de la *Nouvelle Droite*.

Georges Sorel: una bio-bibliografía

(Cherbourg, 1847 - Boulogne-sur-Seine, 1922) Filósofo y político teórico francés. Hijo de una familia de la burguesía provincial normanda, recibió de ella la afición al trabajo y los sentimientos morales y religiosos, que mantuvo siempre vivos y profundos, aun despúes de perdida la fe. Realizados los estudios secundarios en la ciudad natal, fue enviado al Colegio Rollin de París; luego ingresó en la École Polytechnique. Llegado en 1870 a ingeniero de caminos y puentes, vivió en el territorio provincial durante veinticinco años; finalmente, nombrado ingeniero jefe, abandonó el cargo sin ni tan sólo pedir el permiso correspondiente y se entregó con plena libertad a la actividad meramente intelectual.

A partir de 1892 no conservó más funciones que las de administrador de la École des Hautes Études Sociales. En 1895, junto con Bonnet y Deville, fundó Le devenir social, revista que persistió hasta 1897; colaboró en Mouvement Socialiste, de Lagardelle; Ére Nouvelle, Revue de Metaphisique et de Morale y varias publicaciones italianas y alemanas. En 1897 se retiró, con su sobrino y la esposa de este último, a la pequeña casa de Boulogne-sur-Seine, donde permaneció hasta el fin de sus días.

Todavía conservador en 1889, pasó al socialismo democrático en 1893; luego aceptó el marxismo, con todas sus perspectivas revolucionarias, y más tarde, desengañado del proletariado, se aproximó, en 1911, a los nacionalistas de la Action Française; finalmente, la primera Guerra Mundial reanimó su oposición a las democracias, que le indujo a considerar la revolución rusa como aurora de una nueva era en Matériaux d'une théorie du proletariat (1919) y Plaidoyer pour Lénine (1921).

El "affaire" Dreyfus ejerció notable influencia en la orientación de su pensamiento. Partidario del célebre militar francés durante la discusión del caso, o sea cuando parecía que el proceso de revisión habría de hacer posible en Francia unas condiciones que permitieran la instauración de una nueva forma de vida y un movimiento de renovación, sufrió un gran desengaño al comprobar la degeneración de todos los jefes del socialismo llegados al poder y de cuantos políticos de sus

mismas ideas tendían únicamente a la explotación de las masas obreras y a la defensa de sus intereses personales; desilusionado por tal experiencia, condenó para siempre cualquier sistema político de carácter "reformador" y se inclinó hacia una concepción revolucionaria de la política del proletariado.

Hacia los cuarenta años empezó a escribir acerca de problemas sociales. Antes de su notoriedad como aficionado al estudio de la Filosofía, debida a su colaboración en la Revue de Metaphisique et de Morale y en la Revue Philosophique, y de su fama como teórico del sindicalismo, era ya, desde 1889, célebre en cuanto historiador, gracias al Procès de Socrate, complejo examen de la sociedad ateniense y crítica del racionalismo socrático. Filósofo de la técnica y moralista, afrontó cuestiones y temas de la civilización en Ruine du monde antique (1898) e Illusions du progrès (1908), y estudió el cristianismo en Système historique de Renan (1906), que, bajo la influencia de Vico, juzgó como un principio.

Estableció las bases de la nueva economía concreta en Introduction à l'économie moderne (1903), y estudió, meritoriamente, el aspecto jurídico del sindicato como nueva forma de institución en Reflexiones sobre la violencia (1906), su obra más célebre, en la que propugna la formación de un sindicalismo obrero fuerte, consciente y preparado para enfrentarse con la sociedad burguesa, destruirla y crear sobre sus ruinas una nueva sociedad basada en la producción libre de las jerarquías e instituciones del pasado.

Gran importancia presenta su aplicación de la filosofía de Bergson a los problemas sociales; en 1889 había sido ya uno de los primeros que llamaron la atención respecto del Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia de este famoso pensador, a quien juzgó "árbol vigoroso elevado en medio de las desoladas estepas de la filosofía contemporánea". Al filósofo del sindicalismo correspondió el mérito de la transposición al terreno social y económico, en oposición al criterio meramente evolutivo del socialismo, de la teoría bergsoniana del movimiento único a lo largo de una línea ideológica de tendencia antirracionalista.

Fue Sorel quien señaló con eficacia, antes del desarrollo de nuevas orientaciones fenomenológicas y existencialistas, el camino seguido por Bergson: la revalidación de la idea de instinto y misterio a la que este filósofo llegara a través de reflexiones sobre los fenómenos biológicos y las inclinaciones naturalistas. En su opinión, es posible deducir variaciones y transformaciones de la sociedad a partir de signos ínfimos y poco visibles, contrariamente a la afirmación de Darwin según la cual las modificaciones muy pequeñas no pueden asegurar el triunfo de especies nuevas sobre las antiguas.

Notable es también la actitud de Sorel en la valoración de las actividades espirituales más elevadas y libres, como la ciencia y la religión, de las cuales excluye, en franca oposición a Marx, todo carácter pragmático. Considera el hegelianismo transición entre la era del dogmatismo filosófico y la de la filosofía que se propone

ofrecer al espíritu una orientación susceptible de facilitar los descubrimientos, y atribuye a Bergson la función de revelador de las fuerzas jóvenes.

Confirma, además, una de las intuiciones más originales de Hegel al establecer una correspondencia entre misterio-misticismo-ciencia y arte-religión-filosofía, punto culminante del espíritu; según él, tales formas se renuevan y decaen juntamente.

Sorel avanzó algunas dudas sobre varios puntos de las enseñanzas oficiales del marxismo: negligencia de los factores morales, confianza excesiva en la ciencia (que define como "pequeña ciencia"), e interpretación insuficiente o errónea de la evolución social y del movimiento obrero. Bajo la influencia de Vico aplicó sus cánones históricos al cristianismo. Con elevada conciencia reivindicó los valores del mismo, y llegó, por ello, a ser juzgado autor de la revolución extrema del espíritu cristiano.

Considera al cristianismo no destinado a perecer, por cuanto ha difundido en el mundo tres grandes principios: la dignidad de la pureza, los valores infinitos del hombre y el sacrificio establecido sobre el amor. Condenó todas las formas de religión social, ya en cuanto faltas de un verdadero mérito religioso o por su tendencia a la mediocridad el cálculo y el utilitarismo.

Las polémicas y los estudios de Sorel acerca del marxismo fueron reunidos por V. Racca en los Ensayos de crítica del marxismo (1903), que limitan el determinismo económico de las corrientes ortodoxas marxistas y revelan algunos elementos éticos de la filosofía del movimiento obrero. Nuestro autor considera las reformas sociales como una corrupción de la clase trabajadora en Décomposition du marxisme (1908), y de la evolución del sindicalismo obrero en L'avenir socialiste des syndicats (1898), Enseñanzas sociales de la economía contemporánea (texto publicado también por V. Racca, 1907) y en los artículos aparecidos el mismo año en Mouvement socialiste.

Entre las numerosas obras restantes cabe mencionar Contribution a l'étude de la Bible (1889), Essai sur l'Église et l'État (1902), La révolution dreyfusienne (1909), La rivoluzione d'oggi (Lanciano, 1909), Le confessioni (come divenni sindicalista) [Roma, 19101 y De l'utilité du pragmatisme (1921).

Georges Sorel

Alain de Benoist

"Sorel, enigma del siglo XX, parece un injerto de Proudhon, enigma del XIX", escribía Daniel Halévy en su prólogo al libro de Pierre Andreu: Sorel, nuestro maestro (1953).

Enigma, en efecto, que el doctrinario edifica como un gigante, con las orejas pegadas a las sienes, la nariz chata, los ojos claros y la barba blanca. Enigma de un socialista encarnizado encantado con la Revolución rusa, simpatizante de la Acción Francesa, admirador de Renan, Hegel, Bergson, Maurras, Marx y Mussolini.

Georges Sorel nació en Cherburgo, el 2 de noviembre de 1847. Es doblemente normando, hijo de dos de las más antiguas familias emigradas a la Galia desde Escandinavia en la alta Edad Media. Su tío paterno, Albert Sorel, sería el historiador "oficial" de Napoleón III.

Politécnico, ingeniero de puentes y caminos, Sorel únicamente se consagra a los problemas sociales a partir de 1982. Su obra puede sintetizarse en un solo libro: Reflexiones sobre la violencia, en el cual sintetiza lo más sustancial de anterior producción: Las ilusiones del progreso, Sobre la Iglesia y el Estado, Sobre la utilidad del pragmatismo, La descomposición del marxismo, De Aristóteles a Marx, La ruina del antiguo mundo, El proceso de Sócrates, etc.

Publicado por vez primera en 1908, Reflexiones sobre la violencia es una obra que nunca dejado de reeditarse y de ser leída y meditada, por Lenin y por Mussolini, por Maurras y por Charles De Gaulle, por Oliveira Salazar y por Mao Tse Tung.

El libro fue pensado y construido para servir de obra base del sindicalismo revolucionario.

Hostil al socialismo parlamentario y a Jaurés, al que acusa de nutrirse de la ideología burguesa, Georges Sorel les opone lo que él denomina como "nueva escuela". Sorel concibe la huelga como la forma esencial de la reivindicación social. Es por medio de la huelga general como la sociedad será dividida en facciones

enemigas y será destruido el Estado burgués. La huelga es "la manifestación más brillante de la fuerza individualista en las masas sublevadas".

La huelga implica la violencia. A la inversa de los socialistas de su tiempo (excepción hecha de Proudhon), Sorel no opone el trabajo a la violencia. Rechaza glosar sobre "el deseo de paz de los trabajadores". La violencia es para él un acto de guerra: "Un acto de pura lucha, semejante a la de los ejércitos en campaña", escribe.

"Esta asimilación de la huelga a la guerra es decisiva –indica Claude Polin en el prólogo a la nueva edición de Reflexiones sobre la violencia–, porque todo lo que afecta a la guerra se produce sin odio y sin espíritu de venganza: en la guerra no se mata al vencido; no se suponen inofensivas las consecuencias que los sinsabores puedan provocar en el campo de batalla". Ello explica por qué Sorel rechaza la "violencia vengativa" de los revolucionarios de 1793: "Nunca debe confundirse la violencia con las brutalidades sanguinarias que no conducen a nada".

Al principio fue la acción

Recogiendo la distinción clásica entre guerra "justa" y guerra "injusta", opone la violencia burguesa a la violencia proletaria. Esta última posee, a sus ojos, una doble virtud. No solamente debe asegurar una revolución futura, sino que es también el único medio del que disponen las naciones europeas, "entontecidas por el humanitarismo", para retomar su antigua energía.

La lucha de clases es, pues, un enfrentamiento de voluntades firmes, pero no ciegas. La violencia deviene la manifestación de una voluntad. Al mismo tiempo, ejerce una especie de función moral: produce un estado de espíritu "épico".

"La violencia –declara Sorel a su amigo Jean Variot– es una doctrina intelectual: la voluntad de los cerebros poderosos que saben lo que quieren. La verdadera violencia es necesaria para llegar al fondo de las ideas" (A propósito de Georges Sorel, 1935).

Sorel había aplaudido las palabras de Goethe: "Al principio fue la acción". Para él, el hombre que actúa es siempre superior al hombre que soporta: "La violencia verdadera hace aparecer al primer plano el orgullo del hombre libre".

Para restituir la energía al mundo actual se necesita un "mito", es decir un tema que no es ni verdadero ni falso pero que actúa poderosamente sobre el espíritu moviliza e incita a la acción.

Georges Sorel veía en la Prusia del siglo XIX la heredera de la Roma antigua.

Encuentra, para cantar las "virtudes prusianas", un tono que no deja de evocar a Moller Van den Bruck (Der preussische Stil). "Sorel, el artesano, hace culto del trabajo bien hecho –comenta Claude Polin–, y el trabajo bien hecho debe constituir un fin en sí, independientemente de los beneficios a retirar. Este desinterés es también el propio de la violencia. En el fondo del pensamiento de

Sorel se encuentra la intuición de que todo trabajo es una lucha, y de que el trabajo nunca está bien hecho si no se entiende como lucha. Esta idea reanuda la intuición del carácter esencialmente prometeico del trabajo. Todo verdadero trabajo es una transformación de las cosas que comporta la necesidad de transformarse a sí mismo y a los otros consigo. "

Paso a paso, Sorel termina por denunciar la democracia ("verdadera dictadura de la incapacidad"), conjugando los acentos de un Maurras y de un Bakunin.

La dictadura del proletariado le parece, a la vez, un engaño y un señuelo: "Se necesita ser muy ingenuo para suponer que las gentes que sacan provecho de la dictadura demagógica abandonarán fácilmente sus ventajas". De paso, denuncia el rol de vanguardia que pretende realizar el bolchevismo intelectual: "Todo el devenir del socialismo reside en el desarrollo autónomo de los sindicatos obreros" (Materiales para una teoría del proletariado). "Marx no siempre estuvo bien inspirado. –prosigue- En sus escritos se encuentran no pocas tonterías procedentes de los utopistas".

Esta concepción de la acción se encuentra en completa oposición con las teorías "vanguardistas" (el trotskismo, por ejemplo). Pero la podemos redescubrir en las proposiciones del sindicalismo revolucionario y del anarco-sindicalismo.

Finalmente, si Sorel defiende al proletariado con tal encarnizamiento no es por sentimentalismo, como Zola, ni por un gusto pequeño-burgués por la culpabilidad, ni mucho menos porque así daría pruebas de una "conciencia de clase", sino porque está convencido de que en el seno de la sociedad burguesa, únicamente el pueblo puede todavía encontrar esa energía que las clases dirigentes han perdido. Consciente de las "ilusiones del progreso", constata que las sociedades, como los hombres, son mortales. A esta fatalidad él opone una voluntad de vivir, una de cuyas manifestaciones es la violencia.

En la actualidad Sorel denunciaría toda la sociedad vendida por los "maestros" de la contestación. "Marcuse representaría a sus ojos –escribe Polin–, el ejemplo típico del hombre degenerado por la creencia beata en el progreso, frustrado con el progreso porque no ve cumplida ninguna de sus expectativas, incapaz de poner su esperanza en algo más que en el progreso exacerbado, radicalizado, en el sueño de una abundancia completamente automática que aportaría en primer lugar la felicidad en cuanto sea posible satisfacer las pasiones más elementales, incapaz, en una palabra, de comprender que la fuente del mal está en el corazón del hombre desvirilizado por la fe económica".

El nombre de la vieja Antioquia

A partir de 1907, Georges Sorel se convirtió en el artesano de un acercamiento entre los antidemócratas de derecha y de izquierda. El órgano de esta

conjunción es la publicación mensual Revue critique des idées et des livres, en la cual el nacionalista Georges Valois publica los resultados de su encuesta sobre La monarquía y la clase obrera.

En 1910 aparece la revista La Cité française. Después, entre 1911 y 1913, L´Indépendance. En estas publicaciones aparecen las firmas de Georges Sorel, Jean Variot, Edouard Berth, Daniel Halévy, pero también la de los hermanos Tharaud, de René Benjamín, Maurice Barrès y Paul Bourget.

En 1913, el periodista Edouard Berth, autor de Las fechorías de los intelectuales, saluda a Maurras y Sorel como "los dos maestros de la regeneración francesa y europea". Pero, en septiembre de 1914, Sorel le escribe: "Estamos en una era que bien podría caracterizarse por el nombre de la vieja Antioquia. Renan describió perfectamente esta metrópolis de cortesanos, charlatanes y mercaderes. Tendremos el placer de ver a Maurras condenado por el Vaticano, lo que sería un justo castigo a sus incorrecciones. ¿A quien podría interesar un partido realista en una Francia únicamente interesada en restaurar la vida muelle de Antioquia?"

"A Maurras –explica el sociólogo Gaetan Pirou–, Sorel le reprocha ser demasiado demócrata; reproche que, a primera vista, puede parecer paradójico. En realidad, Sorel quería decir que Maurras, positivista e intelectualista, no había repudiado la democracia mas que en sus aspectos políticos y no en sus fundamentos filosóficos".

Nacional-revolucionarios

Sorel ejercerá tanta influencia en Barrès y Péguy como en Lenin. Éste último, en materialismo y empirocriticismo, le denunciará no obstante como un "espíritu desordenado".

Más que Francia –observa Alexandre Croix en La revolución proletaria–, Italia sería la "tierra prometida del sorelismo". Sorel ejercerá una poderosísima influencia en la escuela sindicalista dirigida por el futuro ministro italiano de trabajo (entre 1920 y 1922), Arturo Labriola. Éste, en 1903 traduce El futuro socialista de los sindicatos. Uno de sus lugartenientes, Enrico Leone, redactó, en 1906, el prólogo de la primera edición italiana de Reflexiones sobre la violencia, publicado con el título de Lo sciopero generale e la violenza ("La huelga general y la violencia").

Mediante esta traducción, Sorel alargará su influencia a Vilfredo Pareto, Benedetto Croce, Giovanni Gentile y (por la mediación de Hubert de Lagardelle) sobre Benito Mussolini.

En Alemania, el sorelismo encuentra una especie de prolongación en las corrientes nacional-revolucionarias y nacional-comunistas que se manifestaron a partir de 1920 (cfr. Michael Freund. Georges Sorel und der revolutionäre Konservatismus, 1932).

Cuando murió Sorel, en 1922, el entonces monárquico Georges Valois (futuro fundador del primer partido fascista fuera de Italia), en la revista de la Acción Francesa, y el socialista Robert Louzon, en Le Socialiste, le rindieron sendos homenajes que asombran por su semejanza a quien alcanza a leerlos. Pocas semanas más tarde, Benito Mussolini, justo después de tomar el poder con la marcha sobre Roma, declaraba al corresponsal en Italia del diario madrileño ABC: "Es a Sorel a quien más le debo".

El gobierno fascista y el Estado soviético propusieron el mismo día asumir los costes de un monumento ante su tumba.

Una interpretación de Georges Sorel

Julien Freund

La vida de Georges Sorel presenta pocos aspectos remarcables. Nació el 2 de noviembre de 1847 en Cherburgo, en una antigua familia normanda a la que también pertenecía el historiador Albert Sorel, su primo, estudió en el Liceo de Cherburgo, luego en el Liceo Rodin, en París, y en la Escuela Politécnica. Tenía veintitrés años cuando el hundimiento de 1870-1871, algo que pareció haberle marcado mucho. (Más tarde escribió un prefacio para una traducción, nunca aparecida, de La Réforme intellectuelle et morale, el único libro de Renan que verdaderamente apreció). Hizo la carrera de Ingeniero de Puentes y Caminos. Una existencia tranquila en suma. Sorel tiene cuarenta años cuando redacta sus primeros escritos teóricos; tiene sesenta y uno cuando aparecen sus Réflexions su la violence –la más famosa, cuando no la más importante de sus obras-.

Sorel quedará de hecho en la historia de las ideas como el fundador en política de la noción de mito –"red de significaciones" y "dispositivo de elucidación que nos ayuda a percibir nuestra propia historia" (Jules Monnerot, Inquisitions, José Corti, 1974)-. Es en 1903, en la Introduction à l'économie moderne, cuando la palabra, con todo su sentido, aparece por vez primera en su obra. Y es entonces cuando Sorel comienza a enunciar su "teoría de los mitos sociales".

El mito es una creencia creada por el hombre, frecuentemente ligada a la cuestión de los orígenes (se trata de motivar la acción por una genealogía ejemplar), que nace de un choque psicológico. No se remite pues al pasado –como lo habían creído los "primitivistas"-, sino a lo eterno.

El mito no nos esclarece sobre lo que tuvo lugar, sino sobre lo que se producirá, sobre lo que se busca producir. Si es fecundo, si responde a la demanda

colectiva, si es aceptado por la sociedad en su totalidad, o por un segmento importante de ésta, entonces se renueva por sí mismo: su socialización va aparejada con su sacralización. El mito se sitúa más allá de lo verdadero y lo falso, el bien y el mal, lo justo y lo injusto. Únicamente es fecundo, o no lo es. Tiene o no un valor operativo, determina una actividad socio-pscicológica o no la determina. No podría pues se refutado, sino simplemente aprobado o reprobado. Esta es la razón, entre otras, por la cual Georges Sorel se guarda bien de "refutar" el marxismo (del que denuncia no obstante su reduccionismo implícito) y prefiere señalar su poder mítico –hasta en lo que concierne en determinados aspectos dudosos, cuya fuerza imaginativa y simbólica sigue siendo real-, para demostrar que él no se declara "científico" más que en la medida, precisamente, en que la "ciencia" constituye un mito de su época: el marxismo es "mítico" desde el instante mismo en que se declara "científico".

El verdadero problema, para Sorel, no es pues tanto "encontrar preceptos o incluso ejemplos, sino poner en acción fuerzas capaces de hacer la conducta conforme a los preceptos y a los ejemplos" (introducción al Système historique de Renan). "Sorel, escribe Jules Monnerot, busca la fuente colectiva, luego individual (él admite intuitivamente e implícitamente la inmanencia recíproca de lo social y de lo individual), de las motivaciones psicológicas que son invencibles en un momento histórico determinado, invencibles dentro del acontecimiento".

Considerando que hay un vínculo, en cualquier colectividad, entre la calidad de los actos y la intensidad de las creencias, Sorel, al contrario que Pareto, no ve en esas creencias un "residuo" irracional del que haría falta desembarazarse, sino por el contrario un "motor" que se debe investigar. Estudia entonces las condiciones propias para hacer nacer el entusiasmo colectivo. Aspira a lo "sublime": "no hay un límite señalado para la intensidad con la cual lo sublime puede apoderarse de nosotros. Lo que significa que un fin es sublime, es cuando, respecto a ese fin, el peligro supremo no se toma en cuenta" (Jules Monnerot, op. cit.). De ello resulta que la voluntad de superarse a uno mismo es indisociable del rechazo a un paradigma de la seguridad, y que en cambio, el predominio, en el seno de una sociedad, de los valores de seguridad garantiza la imposibilidad de tal superación.

La decadencia empieza allí donde lo sublime está ausente. Ya que, dice Sorel, la sociedad europea está hecha de tal modo que inicia el declive tan pronto como deja de superarse. Lo que le lleva a identificar como nacido de un mismo fenómeno histórico el advenimiento del cientificismo, la muerte de lo sagrado y la desaparición de las aristocracias vinculadas al pueblo: "Lo sublime está muerto en la burguesía". Fue reivindicado en su época por Lenin y Mussolini. Esta ambigüedad, y no sólo esta, es reveladora. Confirma que Georges Sorel, precursor del socialismo francés, siendo adepto de esas cualidades aristocráticas y militares que denomina las "virtudes quiriteas", es probablemente el mayor teórico político francés desde finales del siglo XIX.

Habríamos podido esperar en nuestros días una especie de resurrección, o al menos un redescubrimiento, de Georges Sorel, puesto que sus principales obras continúan siendo leídas, como lo demuestra por ejemplo la venta regular de las Réflexions sur la violence, en la colección "Le devenir social", que él fundó y que yo dirijo en la actualidad bajo la forma de una nueva serie. En efecto, diferentes aspectos de su pensamiento tendrían que haber seducido a aquellos que se consideran actualmente como los portadores de un pensamiento radical. En una época en la que no se deja de justificar la violencia, su apología de la violencia tendría que haberle valido el mayor éxito. En una época en la que se desprecia a la historia para exaltar la utopía, su teoría del mito debería haberle otorgado la mayor consideración por parte de los lectores jóvenes. En una época, finalmente, en que se preconiza el anarquismo, el rechazo a la autoridad, su concepción del anarcosindicalismo le habría atraído las mayores simpatías.

Además, ¿no es él, como la mayoría de los actuales líderes de los movimientos izquierdistas, un burgués que se puso al servicio del proletariado obrero? Sin embargo, pese a todos esos aspectos de su pensamiento que le tendrían que haber valido un nuevo favor, Sorel continúa siendo por así decirlo un desconocido en nuestra época, y a veces incluso es repudiado por los teóricos del izquierdismo en boga.

Son Marx y Freud quienes aparecen principalmente como las referencias de los contestatarios. ¿Se trata de una paradoja? O bien ¿hay en los escritos de Sorel otras cuestiones que molestan e incluso disgustan a los defensores de una ideología que, en muchos aspectos, se halla no obstante cercana a su análisis?. Es a esta cuestión que yo querría responder en el curso de esta exposición, que tratará de tener en cuenta a la vez la personalidad y la obra de Sorel bajo la forma de lo que se llama hoy en día una biografía intelectual.

La filosofía de Sorel es en el fondo más desconcertante que original: tan pronto disocia nociones a las que se acostumbra a unir, como tan pronto asocia otras que son separadas de ordinario. A fuerza de jugar con los contrarios llega frecuentemente por ello a concepciones que había rechazado, y criticó aquellas que en un momento dado había aprobado. Se puede preguntar pues, con toda justicia, si existe efectivamente una doctrina soreliana. En general, cuando Sorel tomaba partido, lo hacía sin ambages. Se comprende que, en esas condiciones, corrientes de pensamiento diametralmente opuestas puedan en nuestros días reivindicarlo, tanto los revolucionarios como los conservadores.

Con el paso de los años, y muchas veces al mismo tiempo, tuvo la misma admiración por autores o actores políticos de vías netamente divergentes. Al iniciar su carrera de escritor manifestaba la misma simpatía por Tocqueville y Proudhon, por Renan y Le Play. Seguidamente, al mismo tiempo que se entusiasmaba por Karl Marx, se apasionaba por Bergson. Le gustaban Taine y Nietzsche. Prefería entre los

socialistas a Guesde antes que Jaurès, aunque igualmente a Eduard Bernstein antes que a Kautsky. Exaltaba la actividad anarco-sindicalista de Pelloutier, pero también tenía trato con Georges Valois y Action française.

Al final de su vida –murió en 1922-, se exaltaba a la vez por la revolución soviética y Lenin, y por el movimiento fascista y Mussolini. Se podría prolongar la lista de estos contrastes. En Italia, por ejemplo, sus amistades iban desde el marxista Labriola hasta el sociólogo Pareto y el filósofo Benedetto Croce. No nos podría pues sorprender que un cierto número de intérpretes o de comentaristas de su obra aprecien tal parte y pasen silenciosamente por tal otra.

No mencionaré más que un ejemplo típico, el de G. Goriély, el autor del Pluralisme dramatique de Georges Sorel. Éste considera esencialmente el período socialista de Sorel y detiene su análisis en las Réflexions su la violence, descuidando de este modo su acercamiento a Action française y la apología de Lenin, bajo el pretexto de que "se hallan tan extrañas y absurdas fijaciones pasionales, que únicamente un despecho convertido en inexorable puede explicar un acceso tan súbito de antisemitismo, un entusiasmo curiosamente desatado por la guerra...

Antes que comunicar al lector la irritación, el enojo o el desaliento experimentados por el contacto con algunos textos, hemos preferido detener en las Réflexions su la violence los detalles de nuestros análisis" (Le pluralismo dramatique de Georges Sorel, Marcel Rivière, 1962).

Tres opciones fundamentales

Sorel fue un ser lleno de contrastes: es como tal que es preciso comprenderlo. Sin duda cada intérprete es libre de preferir, en el nombre de una parcialidad arbitraria y subjetiva, tal aspecto de su obra antes que tal otro; esto no borrará sin embargo la ambigüedad de sus posiciones ni las incompatibilidades de algunos de sus escritos. El hecho histórico es que, por ejemplo, Sorel fue durante un cierto tiempo un adepto del marxismo revolucionario y su introductor en Francia y en Italia contra las tendencias parlamentaristas de la social-democracia, ello sin indignarse no obstante contra el oportunismo de Millerand, quien aceptó formar parte del ministerio burgués de Waldeck-Rousseau, y que después de ello adoptó una posición que se puede calificar de revisionista, en su obra La décomposition du marxisme, hasta el punto de hacer la crítica más severa del fundamento mismo del marxismo, o en todo caso del Capital, a saber, la teoría de la plusvalía. Fue amigo de Péguy y magnificó como él la grandeza de la mística, aunque igualmente hizo conocer en Francia a William James y su pragmatismo.

No acabaríamos e de numerar las disparidades y las inconsecuencias de sus actitudes y opiniones. Y sin embargo, pese a esas fluctuaciones y equívocos, encontramos a través de toda su obra una determinada cantidad de constantes y de posiciones sobre las cuales nunca transigió. Es bajo la luz de algunas ideas básicas,

cómo se encuentra en todos sus escritos, como hay que captar lo que se puede llamar sus "variaciones". Éstas se pueden reducir a tres opciones fundamentales.

La primera de estas constantes es el antidemocratismo. Se puede seguir su rastro desde los primeros escritos, como La mort de Socrate, hasta los últimos, como el Pour Lénine. Con todo, no se le podría alinear entre los adeptos de la dictadura, pues aunque creyó durante cierto tiempo en la dictadura del proletariado, cuando descubrió la obra de Marx, muy rápidamente su liberalismo anarquista y su concepción pluralista del mundo volvieron a estar por encima. En su opinión, los jefes de la dictadura del proletariado acabarán por caer en la vieja rutina: dividirán a la sociedad "en señores y esclavos"; como todos los políticos, intentarán beneficiarse de las ventajas adquiridas, y en el nombre del proletariado establecerán "el estado de sitio en la sociedad conquistada".

Sorel no cree ni en la democracia parlamentaria, refugio de la charlatanería política, de la demagogia de los mercaderes y de la hipocresía de los intelectuales, ni en la democracia socialista, que conlleva el riesgo de ser peor que la democracia parlamentaria, porque es capaz de arrastrar a las masas hacia la esclavitud, bajo la bandera de ideales como la igualdad o el gobierno del conjunto de los ciudadanos, ficción que es "la última consigna de la ciencia democrática" (L'avenir socialiste des syndicats, Librairie Jacques, 1901). Ya no tiene confianza en una democracia sindical, pues es probable que acabase siendo estatalista como cualquier otra forma de democracia. También siente desprecio por las diversas corrientes que, en su época, intentaron proponer soluciones de reforma de la democracia, como el solidarismo de Léon Bourgeois o el cooperativismo del economista Charles Gide.

Fácilmente se comprende en estas condiciones las variaciones en sus simpatías, que iban desde doctrinas tan opuestas como el bolchevismo, el fascismo o la Actino française, y hacia hombres tan divergentes como Pelloutier, Lenin o Mussolini. Lo que le interesaba en todos esos casos, es que se conducía una actividad extra- parlamentaria cercana al antidemocratismo que él mismo animaba. Por las mismas razones fue amigo del sociólogo Pareto, otro liberal antidemócrata, tomó partido por Guesde contra Jaurès, estimando que el primero era más liberal y más tolerante que el segundo pese a las apariencias. Poco le importaba que un hombre estuviera clasificado políticamente en la izquierda o en la derecha, merecía una consideración particular desde el momento en que era ¡un antidemócrata!.

¿Cómo explicar ese antidemocratismo? Creo que es necesario ponerlo directamente en relación con otros dos aspectos de su pensamiento, también permanentes. Lo primero de todo, su concepción del obrero y del devenir del proletariado. Sorel no cree ni en el capitalismo universal ni en el proletariado universal, puesto que se trata de figuras históricas que, como tales, no tienen nada de absoluto. No son más que especulaciones intelectuales que razonan con lo abstracto, en el sentido en que el intelectual moderno se da "la profesión de pensar

por el proletariado" (Réflexions sur la violence). Negociando así en su provecho con la noción de conciencia de clase. Por el hecho de que el intelectual está al margen de la producción, cree resolver abstractamente y a priori los problemas del reparto –luego del beneficio- independientemente de las condiciones concretas y de la evolución de la producción.

Se quiera o no, el capitalismo ha introducido en nuestro universo el fenómeno de la productividad, sin el cual el socialismo pierde todo su significado. El socialismo no nació por sí mismo; es una consecuencia del modo de producción históricamente indeterminable de esa orientación. En consecuencia, el socialismo seguirá siendo tributario del capitalismo, en detrimento de las utopías socialistas que quieren resolver abstractamente el problema del reparto, independientemente de las condiciones concretas de la producción.

En cualquier caso, no es invirtiendo simplemente las condiciones históricas del capitalismo que se logrará hacer creíble el socialismo. Hay que vivir, lo que significa que hay que producir. La técnica no podría reemplazar del todo a la voluntad humana. Del mismo modo que el gremio fue la organización de los productores en un sistema económico determinado, el sindicato es la organización típica de otro sistema económico, a la vez capitalista y socialista. Lo importante es comprender las posibilidades que el sindicalismo ofrece a la clase obrera. El resto no es más que política, donde se inflama la retórica revolucionaria que se conmueve por las miserias y contradicciones engendradas por el capitalismo. Si el socialismo se complace en ese sentimentalismo y la utopía del reparto, no podrá más que zozobrar en otras miserias y contradicciones. El papel del sindicato es el de hacer valer los derechos de los productores.

Aquí está el sentido del combate de Sorel. Es al asumir plenamente su situación de productor cuando el obrero se convertirá también en un verdadero combatiente. "Sin la materia de esa creación capitalista de un mundo nuevo, el socialismo deviene una loca fantasía" (Le système historique de Renan, Jacques, 1905). Sólo devendrá un buen combatiente en la lucha social quien sea un buen obrero. Aquel que sabotea su trabajo saboteará igualmente al sindicato y al socialismo. Con obreros que sólo buscan disfrutar en un nuevo sistema de reparto, no se llevará una lucha social eficaz. Este es el porqué Sorel rechaza la utopía igualitaria, porque la lucha está fundada por principio en la desigualdad. El obrero no logrará conquistar sus derechos de producir más que si deviene un buen obrero, a imagen del soldado de Napoleón que participó en su gloria porque fue un buen veterano.

Dicho de otro modo, con obreros blandos sólo se puede hacer una revolución blanda. La democracia es el régimen que, bajo el pretexto de un reparto idea, habitúa a los obreros a renunciar a la lucha por la blandura. En el fondo, Sorel aplicó al socialismo una idea que se encuentra ya en sus primeros escritos, cuando

aún no había descubierto el socialismo. Citemos este pasaje de La mort de Socrate, a propósito de la democracia: “De todos los gobiernos, el más malo es aquel en el que la riqueza y las capacidades se reparten el poder. Los prejuicios de la mayoría de nuestros historiadores contra la nobleza les han hecho cerrar los ojos ante los vicios de las constituciones plutocráticas. En este régimen, el orgullo de raza ya no existe: hay que llegar a él y, una vez conseguido, poca gente se ocupa de los medios empleados. El éxito lo justifica todo; no una idea moral; es el ideal de los ingleses. El vicio de este gobierno reposa en la aplicación del principio del intercambio: los hombres no cuentan; sólo hay la presencia de valores. La predominancia de las ideas económicas tiene pues como efecto no solamente oscurecer la ley moral, sino también corromper los principios políticos” (Le procès de Socrate, Alcan, 1889).

Convertido en socialista, Sorel repetirá la misma idea. De este modo escribiría: “La democracia constituye un peligro para el futuro del proletariado, desde que ocupa el primer lugar de las preocupaciones obreras; pues la democracia mezcla las clases y, seguidamente, tiende a hacer considerar las ideas del oficio como indignas de ocupar a un hombre preclaro” (Introduction à l’économie moderne, Rivière, 1922). Por consiguiente, la democratización debilita la lucha de clases, y le hace perder al obrero el sentido de su oficio y de su estatus de productor y creador. También, “el gran peligro que amenaza al sindicalismo sería cualquier tentativa de imitar a la democracia; es mejor, para él, saber contentarse, durante un cierto tiempo, con organizaciones débiles y caóticas, que caer bajo el dominio de sindicatos que copiarían las formas políticas de la burguesía” (Réflexions sur la violence).

El reino de la mediocridad

En segundo lugar, hay que poner este antidemocratismo de Sorel en relación con su visión sobre la decadencia. El fenómeno de la decadencia no dejó de preocupar a Sorel. Se puede incluso considerar, siguiendo las sugestiones de Pierre Cauvin, que las principales obras de Sorel se preocupan de un problema de decadencia. Le système historique de Renan tiene como objeto la decadencia del judaísmo y el advenimiento del cristianismo; Le procès de Socrate se interroga sobre el declive del mundo griego; La ruine du monde antique plantea el problema de la decadencia de Roma; Les illusions du progrès plantean la cuestión del declive de la burguesía; las Réflexions sur la violence y La décomposition du marxisme se refieren a un problema moderno, el de ladegeneración de la social-democracia y la revolución proletaria.

Considerando bien las cosas, la democracia es para Sorel el régimen que acelera el proceso de decrepitud de una civilización. Todavía no hay que desprenderse del sentido que le da a la noción de decadencia. Puede suscitar hombres y movimientos de excepción al mismo nivel que la ascensión de un pueblo a su apogeo. Tanto la ascensión como el descenso dan lugar a luchas, pero

en sentidos diferentes. La lucha en la fase ascendente ignora la igualdad y la democracia, por el hecho de que las elites rivalizan para promover en un contexto de poder la meta indeterminada de una nación o de un continente. En la fase decadente, se lucha por el reparto, es decir, por la igualdad bajo todos los puntos de vista. Es el combate por el disfrute y el reparto de los bienes adquiridos.

Ciertamente, la fase ascendente puede empezar con la idea igualitaria y comunitaria, a semejanza de la comunidad de los primeros cristianos, aunque muy rápidamente hace triunfar el principio de la jerarquía. La fase decadente, por el contrario, invoca al ideal democrático que renuncia a la creación y a la producción para gozar de un beneficio inmediato. Se podría decir que cada cual quiere emanciparse sacrificando la libertad. Este es el sentido de la cita que Sorel hace del libro de Amádée Thierry sobre Alarico, el bárbaro que saqueó Roma al inicio del siglo V: "Los extranjeros fueron saludados como amigos y libreadores... Ellos habían degollado a nuestros soldados, destruido nuestra bandera, rebajado y humillado a Francia; y nosotros habíamos proclamado, incluso en la tribuna nacional, que eran más franceses que nosotros" (La ruine du monde antique, Rivière, 1933).

En virtud de su principio, la democracia llega a proclamar no solamente la igualdad entre los ciudadanos de un mismo pueblo, sino también la igualdad entre los pueblos, de tal forma que conduce a la ruina a una nación o una clase, en razón de una clemencia desconsiderada, porque pretende la universalidad. "Dudo, escribe Sorel, que los grandes pregoneros del evolucionismo social sepan perfectamente de qué quieren hablar" (Introduction à l'économie moderne).

Sería demasiado largo analizar aquí una de las obras fundamentales de Sorel, Les illusions du progrès (Rivière, 1908), que pone justamente en duda las posibilidades de una liberación humana por la vía de la democracia. ¿Qué significa la decadencia para Sorel? El reino de la mediocridad. En general la humanidad se complace en la mediocridad, y periódicamente no sale de ella más que bajo la acción de un gran personaje o de un movimiento poderoso que le da a los hombres la ocasión de superarse y de elevarse a lo sublime. De ahí su admiración por los hombres excepcionales, como Napoleón, pero también Pelloutier, Mussolini, Lenin.

La huelga general puede ser uno de esos movimientos poderosos que arrancará al obrero del anonimato de la masa y le permitirá reencontrar su individualidad en el fuego de la acción. Hablando de las guerras de liberación de la Revolución francesa, donde cada soldado se consideraba como un personaje que aportaba algo esencial en la batalla, Sorel continúa: "El mismo espíritu se halla en los grupos obreros que están apasionados por la huelga general; estos grupos miran, en efecto, a la revolución como un inmenso alzamiento que incluso se puede calificar de individualista: cada uno marchando con el mayor ardor posible,

actuando por su cuenta, no preocupándose demasiado de subordinar su conducta a un gran plan de conjunto sabiamente combinado" (Réflexions sur la violence). La democracia es un régimen decadente porque alaba la tendencia a la mediocridad, destruyendo los anhelos del hombre y desviándolo de las acciones sublimes.

Una creación continua

La segunda constante de la obra de Sorel es su anti-cientifismo. Esto no quiere decir que Sorel no tomase en cuenta a la ciencia o que la despreciara. Su primera educación fue científica, ya que fue alumno de la Escuela Politécnica y que, seguidamente, hizo la carrera de Ingeniero de Puentes y Caminos. Incluso consagró varias obras al problema de la ciencia, para comprender sus mecanismos, para situarla en el orden general del conocimiento. Lo que él rechazaba, es lo que con Péguy llamaba la "pequeña ciencia", es decir, las construcciones imaginarias con pretensión científica pero sin ninguna base seria.

A diferencia de muchas mentes de su época, no veía en la ciencia la actividad determinante que regeneraría a la humanidad, ya que no permitiría resolver todos los problemas, tanto los de la paz como los de la justicia o la libertad, o incluso de la felicidad. Estos problemas sólo tienen sentido en la acción práctica y cotidiana, al precio de luchas y conflictos. Queriendo resolverlos mediante el conocimiento, se extravía uno por utopías. "El mundo, decía Sorel, camina pese a los teóricos".

Hacía una distinción clara entre los problemas que el conocimiento y la ciencia pueden resolver y aquellos que nacen de la acción, pues, en este último caso, las soluciones aportadas son perpetuamente provisionales, por el hecho de que los referentes cambian con cada generación; son pues objeto de una continua creación, no sin pasión. Sorel escribió en un artículo de la Revue de métaphysique et de morale, en 1911: "Lo que es verdaderamente fundamental en todo devenir, es el estado de tensión apasionada que se encuentra en las almas" (citado por Goriély). No cuesta comprender porqué admiró tanto a Bergson, el filósofo de la vida creadora. Este anti-cientifismo explica unas cuantas actitudes y posturas de Sorel. Ante todo, rechaza ver en los progresos de la ciencia la condición de un progreso de la humanidad.

También se opone a los teóricos evolucionistas en material social: "El evolucionismo social no es más que una caricatura de la ciencia natural". Fue igualmente un feroz adversario del modernismo, es decir, de la tendencia de determinados exegetas católicos de su época a explicar la religión a través de la ciencia. Sorel fue sin duda alguna un anti-clerical. Si tenía que polemizar contra ciertas decisiones de la Iglesia, en particular contra la política del Papa León XIII, expresada en la encíclica Rerum novarum, no manifestaba ningún desprecio por la religión, sabiendo señalar los méritos de la Iglesia en algunas ocasiones, apreciando la importancia de la mística.

No es este sin embargo el lugar para hacer el análisis de los numerosos estudios de Sorel sobre el fenómeno religioso. Lo que hay que tener en cuenta es que no aceptaba la primacía que se le otorgaba en su época a la ciencia, en los terrenos que escapan a su jurisdicción. Es por esta razón que, pese a la veneración que le tenía a Marx, no podía soportar determinadas pretensiones cientifistas suyas. No solamente emitió sus reservas a propósito del socialismo científico de Engels, sino también a propósito del materialismo histórico. En una carta a Benedetto Croce, del 19 de octubre de 1900, escribió: "En el fondo, ¿el materialismo histórico no sería un capricho de Engels? Marx habría indicado un camino, y Engels habría pretendido transformar esta indicación en teoría, y lo ha hecho con el dogmatismo pedante y a veces burlesco del escolar: luego ha venido Babel, el cual ha elevado la pedantería a la altura de un principio".

Igualmente consideraba como cientifista el hecho de explicar en última instancia todos los fenómenos sociales a través de la economía; también rechazó la idea de que el desarrollo de la producción, ayudado por el progreso de la técnica, podría resolver algún día las contradicciones humanas.

Sorel fue uno de los escasos espíritus de su tiempo que no condenaron la metafísica, precisamente porque ella plantea cuestiones inevitables que no son competencia de la ciencia. Es una ilusión creer que la ciencia podría suplantar a la metafísica. Por el contrario, el interrogante metafísico sigue siendo fundamental, incluso en lo que concierne a la reflexión sobre la ciencia. Tampoco dudó Sorel en hablar de la "opinión soberana de la metafísica" (Questions de morale, Alcan, 1900).

Evidentemente, por ello no podía más que ser un adversario del positivismo, en concreto bajo la forma que desarrolló Durkheim. Rechazaba categóricamente la validez de una sociología que estaría construida sobre el modelo de las ciencias naturales. Se le reprochó su anti-racionalismo. Una cosa es cierta: fue un ferviente adversario del intelectualismo, que no es más que una forma derivada del cientifismo. Su trato con Bergson sólo podía confirmar esa orientación. Recordemos simplemente la definición que daba del intelectual: "Los intelectuales no son, como se dice frecuentemente, hombres que piensan: son gente que hace profesión del pensar y que perciben un salario aristocrático en razón de la nobleza de esta profesión" (Réflexions sur la violence).

Bajo el pretexto de cambiar el mundo, sólo saben construir utopías. Sorel, el teórico del mito, era ferozmente hostil a la utopía, que no es más que una representación artificial. El mito, por el contrario, es "en el fondo idéntico a las convicciones de un grupo", es "la expresión de estas convicciones en el lenguaje del movimiento". Una revolución que quiera hacerse en el nombre de utopías intelectuales está abocada por adelantado al fracaso, porque la utopía no engendra el heroísmo indispensable para semejante empresa.

Si se calificó Sorel de anti-racionalista, es principalmente a causa de su teoría del mito y de su apología de la violencia. ¿Qué se debe creer? Como buen discípulo de Renan y Taine, nunca negó el papel determinante de la razón para el desarrollo de la humanidad. Acaso no escribió: "Si el hombre pierde algo de su confianza en la certeza científica, pierde al mismo tiempo mucho de su confianza en la certeza moral"

(Questions de morale). Semejante frase –y se podría citar otras- no podría salir de la pluma de un adversario de la razón.

Pero reconocer la parte de la razón no significa que se deban suscribir los excesos del racionalismo. Los ataques de Sorel están justamente dirigidos contra el racionalismo idealista del cientifismo y del positivismo, que buscan reducir lo real a un simple proceso racional. De ahí por ejemplo su hostilidad hacia el protestantismo liberal, que sólo ve en la religión un simple acto de razón. Otros valores como puramente racionales están en juego en la existencia, y negarlos precipita al ser humano en la miseria de la mediocridad o la decadencia.

Querámoslo o no, el hombre está igualmente animado por fuerzas irracionales, o al menos no racionales, y es preciso hacerles un lugar en la vida. Ellas están en la base del heroísmo, de lo sublime, de la gloria, pero también de la abnegación, del espíritu de sacrificio, nociones sin las cuales la moral no es más que palabrería. Hay en el hombre una necesidad de mística, como también de renuncia y de ascesis. No es tanto glorificar al mero instinto como reconocer esas necesidades.

Y Sorel precisa, en sus Réflexions sur la violence: "Nunca sentí por el odio creador la admiración que le dedicó Jaurès; no siento para nada por los guillotinadores las mismas indulgencias que él; siento horror por toda medida que humilla al vencido bajo un disfraz judicial. La guerra hecha a la luz del día, sin ninguna atenuación hipócrita, para lograr la ruina de un enemigo irreconciliable, excluye todas las abominaciones que deshonraron a la revolución burguesa del siglo dieciocho" (Réflexions sur la violence).

Es Jaurès quien pasa por ser un buen demócrata socialista, consagrado al ideal racionalista y a la paz, y no obstante, en su historia de la Revolución francesa, no duda en elogiar a terroristas que actuaban fuera de la "inmediata ternura humana y de la piedad". Si Sorel preconiza la violencia, no es la violencia desnuda e irreflexiva, ni sobretodo el terror. El hecho mismo de que veía en el obrero ante todo un productor, que lucha respetuosamente por su trabajo, excluye la apelación a una violencia que no sería más que simple sabotaje.

Es al analizar la tercera constante del pensamiento de Sorel como nos será posible comprender mejor lo que éste último entendía por "violencia". Esta tercera constante consiste en la prioridad dada por Sorel a la ética. Los títulos de los capítulos de las Réflexions sur la violence son y a sugestivos a este respecto: "La

moralidad de la violencia" o "La moral de los productores". Si Sorel tuvo una admiración tan grande por el proletariado es porque creía encontrar en él, no sin una cierta ilusión –lo reconoció al final de su vida-, las virtudes de valentía, energía y heroísmo, que la burguesía había demostrado durante su ascensión, si se convirtió en socialista, no lo fue para nada por sentimentalismo o por seguir una moda, sino por una decisión lúcida, porque pensaba que el socialismo era la doctrina que permitiría escapar de la degeneración moral que afecta a la sociedad. La burguesía sólo había probado su cobardía y su apoltronamiento, y uno se "podría preguntar, escribe, si toda la altura moral de los grandes pensadores contemporáneos no estaría basada en una degradación del sentimiento de honor".

Sólo lo sublime es moral

Si condena la democracia, es por razones más morales que políticas: es un factor de disolución de las costumbres a causa del humanitarismo que apela. Se hace la campeona del pacifismo y tiende de este modo a ablandar las almas, pero se vuelve cruel y brutal, más allá de toda violencia, a la manera de los cobardes, cuando está en peligro. A base de degradar el sentimiento de nobleza y de coraje, llega a desmoralizar a los seres, por el hecho mismo de que acaba por desacreditar el trabajo. Antes incluso de devenir socialista, Sorel ya condenaba la ociosidad en La mort de Socrate, una de sus primeras obras: "Entre las clases sociales que no trabajan, en las que principalmente, al modo ateniense, se vive del poder, la desmoralización es extrema".

La desconsideración del trabajo, es decir, de la producción, de la creación y de la energía, constituye a su modo de ver una profanación de la dignidad del hombre, pues ella acaba por instalarlo en una especie de esclavitud espiritual. El hombre no vale más que para el esfuerzo y la lucha, siendo la lucha de clases en nuestros días el momento vital que debe permitirle renovarse con las tradiciones del heroísmo, de la generosidad y de las maneras caballerescas de antaño. Las altas convicciones morales, escribe Sorel, "dependen de un estado de guerra en el que los hombres aceptan participar y que se traduce en mitos concretos.

En los países católicos, los monjes sostienen el combate contra el príncipe del mal que triunfa en el mundo y que desearía someterlos a su voluntad; en los países protestantes, pequeñas sectas exaltadas hacen el papel de monasterios. Estos son los campos de batalla que permiten a la moral cristiana mantenerse, con ese carácter sublime que fascina a tantas almas aún hoy en día, y que le dan el lustre suficiente para originar en la sociedad algunas débiles imitaciones" (Réflexions sur la violence).

Al héroe moral se le halla en Homero, en los soldados de guerras revolucionarias y napoleónicas. Puede resurgir en el obrero utilizando la violencia moral en la huelga general. Sólo lo sublime es finalmente moral, tal como Sorel lo sugiere en sus ataques contra la burguesía declinante: "Lo sublime está muerto en la

burguesía y ésta está pues condenada a no tener ya moral". La ética penetra en toda su concepción del socialismo. No es únicamente por oposición a la democracia parlamentaria que vitupera al socialismo político de Jaurès, sino también a causa de su debilidad moral. "En última instancia, escribe, el socialismo es una metafísica de las costumbres" (Le pragmatisme, en Bulletin de la Societé française de philosophie, 1907).

No es de ningún modo una escuela de la felicidad, sino una conducta vital, una manera de reencontrar el sentido del honor, de la nobleza del alma, del heroísmo y de lo sublime (términos que vuelven una y otra vez bajo su pluma), en una apasionante vida de luchas. "Lo que se llama la meta final sólo existe por nuestra vida interior (...) no está fuera de nosotros; está en nuestro propio corazón" (L'éthique du socialisme, en Revue de métaphysique et de la moral, 1899).

Esta ética Sorel la concibe según el esquema clásico de la pureza de las costumbres y de las virtudes domésticas, bajo la forma de una moral sexual, de una moral de la familia y de una moral del trabajo. En el prefacio a la edición francesa de la obra de Coleijanni, Le socialisme (Girad et Brière, 1900), no duda en precisar su pensamiento, aun a riesgo de ser chocante para los vanguardistas: "Podemos afirmar que el mundo no será más justo en la medida en que no sea más casto".

La lucha de clases, y más especialmente el mito de la huelga general, constituyen un género de empresas propicias para la regeneración moral, pues las almas pueden reafirmarse en la imagen del héroe de la época homérica o de la era napoleónica. Se cometería un enorme contrasentido si se interpretara la noción de huelga general de Sorel en un sentido político. Nada es más contrario a sus intenciones, tal como lo precisa en el capítulo V de sus Réflexions sur la violence. Una huelga política sólo puede plegarse a las leyes de la política, lo que exige una centralización de los sindicatos para tener peso en la relación de fuerzas en el interior del Estado, una sumisión a la voluntad de los dirigentes de los partidos y los procedimientos de las negociaciones y los compromisos.

También Sorel es adversario declarado de la democratización sindical, que no es más que otra manera de politizarlos. No se trata de instaurar otro equilibrio en el seno del Estado ni de modificar el régimen. El fin de la huelga general es social, lo que significa para Sorel una reeducación moral del hombre a través de una transformación radical de la sociedad. El problema no es pues conquistar el Estado o preparar esa conquista, sino trazar una nueva vía para el futuro, bajo el carácter de la "catástrofe total" (Réflexions sur la violence).

Para Sorel, la noción de catástrofe tiene el valor de una idea reguladora de la acción humana en el sentido de que debe ayudar a reunir las energías. Las colectividades están como atraídas por la decadencia, lo que quiere decir que el desorden general entraña la disolución de las costumbres, la pereza, la falta de

voluntad y la mediocridad. La violencia es la instancia caótica que permite al hombre enderezarse.

Sorel concibe pues la violencia como un instrumento de la ética, que le da al socialismo "un valor moral tan alto y una fidelidad tan grande". No hay que confundirla con la brutalidad bestial, ni con la rabia destructiva, o con el odio ciego: es la expresión de una voluntad consciente de los proletarios que traducen sus ideas en actos. "No se trata aquí de justificar a los violentos, sino de saber que papel le pertenece a la violencia de las masas obreras en el socialismo contemporáneo".

Este papel lo define en términos militares y no en términos diplomáticos. Sin cesar se remite al acto belicoso, para dar una imagen de la acción revolucionaria de la huelga general. De ahí su desprecio por el socialismo diplomático, basado en la artimaña y los compromisos. La violencia que preconiza es la de la audacia del soldado, capaz de sacrificarse al servicio de la colectividad y de su transformación ética.

Si nunca fuera capaz el revolucionario de la audacia descrita en las epopeyas, entonces valdría más tirar por la borda lo de la revolución. Debido a que tenía sentido de la decadencia que Sorel nunca fue un nihilista. También condenaba el terrorismo, que no es más que cobardía en el anonimato. Sólo en el acto militar tiene el ser humano alguna oportunidad de superarse.

Se le reprocha a Sorel su pesimismo, pero en realidad era un hombre que confiaba en el hombre. Hablando del proletariado, declaró: "Todo puede ser salvado si, con la violencia, logra consolidar la división en clases y devolverle a la burguesía algo de su energía; esta es la gran meta hacia la cual debe dirigirse todo el pensamiento de los hombres que no están hipnotizados por el acontecer diario, sino que sueñan en las condiciones del mañana.

La violencia proletaria, ejercida como una manifestación pura y simple del sentimiento de lucha de clases, aparece de esta manera como algo muy bello y muy heroico; está al servicio de los intereses primordiales de la civilización; posiblemente no sea el método más apropiado para obtener ventajas materiales inmediatas, pero puede salvar al mundo de la barbarie. A aquellos que acusan a los sindicalistas de ser obtusos y unos personajes groseros, nosotros tenemos derecho a pedirles cuentas de la decadencia económica para la cual trabajan. Saludamos a los revolucionarios, como los griegos saludaron a los héroes espartanos que defendieron las Termópilas y contribuyeron de este modo a mantener la luz en el mundo antiguo").

El "revolucionario conservador"

Lo que Sorel quiere decir, en el fondo, es que la moral no es, pese a un prejuicio religiosamente contemporáneo, un asunto de tontos, de sentimiento de culpabilidad humanitarista, ni de lloriqueos sobre las vicisitudes humanas. Desde el

momento en que se experimenta en las actividades, exige una fuerza de carácter individual, el sentido de la responsabilidad y del coraje colectivo, justamente porque así violenta a las excusas intelectuales, a las que llama casuísticas y laxistas. De ahí también su oposición a la filosofía de las Luces, que sólo veía en la violencia un acto de barbarie. Así se comprende mejor el acto de fe que cierra las páginas de la primera edición de las Réflexions sur la violence: "Me detengo aquí, porque creo haber realizado la tarea que me había impuesto; he establecido, en efecto, que la violencia proletaria tiene una significación histórica harto diferente de la que le atribuyen los sabios superficiales y los políticos; en la ruina total de las instituciones y las enseñanzas, perdura algo poderoso, nuevo e intacto, que es lo que constituye, hablando con propiedad, el alma del proletariado revolucionario; y ese algo no se verá arrastrado por la decadencia general de los valores morales, si los trabajadores tienen energía suficiente para cerrar el camino a los corruptores burgueses, respondiendo a sus asechanzas con la brutalidad más inteligible... El vínculo que yo había apuntado, al comienzo de esta indagación, entre el socialismo y la violencia proletaria, se nos muestra ahora con todo su vigor. A la violencia le debe el socialismo los elevados valores morales mediante los cuales aporta la salvación al mundo moderno".

Muy rápidamente, tras la desaparición de Pelloutier, el alma del sindicalismo revolucionario, muerto a la edad de treinta y cuatro años, Sorel sintió que sus esperanzas se habían derrumbado. El sindicalismo iba a deslizarse desde este instante hacia la política. Desesperadamente, buscó una encarnación cercana a sus concepciones en Action française, en el bolchevismo y en el fascismo.

Su propia muerte le ahorró nuevas decepciones. Yo espero sin embargo que el retrato intelectual que he intentado esbozar permita aportar elementos de respuesta a la cuestión planteada al principio. Se podrá, ciertamente, reprocharme el no haber abordado más que incidentalmente y por alusión los grandes temas del pensamiento de Sorel: la violencia, el mito, la huelga general. No me ha parecido útil exponer una vez más, de forma erudita, una doctrina que se puede leer en todos los manuales y tratados documentados de ciencia política.

Mi propósito apuntaba únicamente a hacer más comprensibles estos temas conocidos al ponerlos en relación con las convicciones personales de Sorel y el espíritu de su filosofía. Yo creo que mi homónimo, Michael Freund, resumió muy bien el espíritu de su pensamiento, en el título de la obra que le consagró: Der revolutionäre Konservatismus (Vittorio Klostermann, Frankfurt/M., 1932).

Estos dos términos aparentemente contradictorios de conservadurismo y revolución se aplican perfectamente a Sorel. Empero, para mí, hay que darle un significado algo diferente de su uso ordinario. Ya que Sorel plantea el problema del hombre y la sociedad, como se ha dicho, en términos de decadencia, su verdadera cuestión sólo puede ser la de la supervivencia.

Tendemos a caer en las ilusiones del progreso, del bienestar y del confort, y, bruscamente, el desarrollo mismo nos enfrenta con el viejo problema de la supervivencia, es decir, de la conservación del ser. Sorel no soñó demasiado con el conservadurismo político, a no ser accesoriamente. La revolución que preconizaba debe ser considerada, también, en esta óptica: es en ciertas condiciones un medio de asegurar la supervivencia.

Como ya hemos dicho, para Sorel, la meta final solo puede ser interna y personal: no podría ser colectiva. No hay felicidad colectiva desde el momento en que el hombre es un ser condenado a luchar, luego a la expectativa por un deseo de infinidad. El porvenir humano sigue siendo imprevisible y ninguna doctrina intelectual puede predeterminarlo. Para poder afrontar este futuro desconocido la condición elemental es la conservación.

Nosotros creemos en las virtudes de la abundancia; ésta suscita otras singularidades. A Sorel no le gustaba Descartes, pero no habría podido encontrar en él una remarcable definición de la conservación: ella es, según la cuarta meditación, una creación perpetua. El hombre muere y, por consiguiente, ya no se conserva desde que sus células ya no se regeneran. La cuestión es saber si se puede aplicar este proceso a la vida de las sociedades. En determinadas condiciones, la revolución es un medio de asegurar la conservación. ¿Es el único? Sorel parece creerlo así. Llega incluso a romantizar la revolución. En todo caso, es sobre este punto que, en mi opinión, debería llevarse cualquier debate sobre la filosofía de Sorel.

Violencia y mito revolucionario en Georges Sorel

Fulgencio Robledero

Tan poco tiempo hace desde que George Sorel publicó su obra "Reflexiones sobre la violencia" y tan grande es la distancia ideológica que nos separa de él que uno, al leerlo, no puede evitar pensar que está leyendo a un náufrago de la historia, a un perdedor del pensamiento cuyo nombre está pronto a extinguirse, a desaparecer, un quijote de la libertad cuya alma vagará en breve en el Hades de la erudición extinguiéndose su memoria para siempre. Luchando contra este irresistible destino me propongo comentar algo de su obra.

Mientras la burguesía compasiva europea ponía paños calientes sobre las heridas de los obreros Sorel se preguntaba si era posible la revolución. La decadencia moral de la burguesía era para Sorel un hecho, precisamente la mentalidad claudicante, cobarde y negociadora de la burguesía mostraba hasta que extremo la ideología capitalista carecía de un fuste moral sobre el que sostenerse ¿qué hacer antes de hundirnos en el abismo de los mercaderes del templo, de los filisteos y de los usureros de postín? ¿quién nos librará del mal ya que hasta los dioses parecen muertos? Para Sorel la respuesta sólo puede ser una: el proletario; y de esta respuesta se infiere el carácter marcadamente moral que tiene la revolución social para Sorel.

La revolución no pretende la regeneración del capitalismo ni las concesiones que los "socialistas parlamentarios" prodigan a sus siervos votantes. No. La revolución desea ir mucho más allá y destruir una sociedad de amos y esclavos para construir un mañana en donde el obrero sea un trabajador y un artista, un creador. No importa la longitud de la cadena, mientras siga la estructura de división capitalista del trabajo toda relación de trabajo será una sumisión del trabajador al capital. El obrero, según Sorel, no busca ni debe buscar nuevas concesiones, no

debe anhelar sentarse en la mesa en donde se reparte el pastel, su deber es destruir un sistema que es per se corrupto y alienante, todo regateo material entrañará una pérdida moral.

¿Cómo movilizar a las masas para conseguir la derrota del capitalismo? Construyendo un mito revolucionario. Los eslóganes de los intelectuales o las utopías de los burócratas de las ideas carecen de fuerza para movilizar a las masas de obreros. Toda utopía, toda "construcción política" de la intelectualidad se convierte rápidamente en un proyecto reformista pero no revolucionario. Mientras que los mínimos de la utopía son asimilables para el sistema el mito revolucionario no lo es ya que es una realidad total que no admite modificaciones al carecer de una estructura lógica coherente ideológicamente jerarquizada.

El mito revolucionario tiene, por lo tanto, esa doble ventaja: no es asimilable por el sistema estatal y es capaz de movilizar a las masas. Sorel propone el mito de la huelga general total para movilizar a la población obrera contra los intereses de la burguesía y de sus lacayos, los intelectuales socialistas; una huelga final en la que las estructuras de opresión del Estado quedarán destruidas por el ímpetu de las masas exaltadas.

Sorel no propone el uso bestial de la violencia para conseguir estos objetivos. Contrapone la violencia revolucionaria del mito al resentimiento jacobino del Reinado del Terror. El utopista, el intelectual social que espera un mundo mejor y perfecto en el inmediato mañana desconoce la naturaleza humana y cuando esta naturaleza no entra dentro de su Sistema Feliz introduce al pueblo en un lecho de

Procusto para amoldarlo a la medida de su sociedad perfecta. El gulag ruso, el totalitarismo fascista, el Terror de la Francia revolucionaria o los excesos de las teocracias islamistas son ejemplos de como la utopía feliz se convierte en pesadilla al desconocer el alma humana y al pretender centralizar la fuerza y la vitalidad del mito en una estructura jerarquizada y anquilosante, el Estado.

Sorel no es ningún exaltado que proclame una mística sangrienta y brutal, sino que únicamente constataba a principios del siglo XX lo que es hoy una cruda realidad: para las fuerzas estatalistas, para las fuerzas capitalistas del primer mundo todo es admisible menos la violencia. Podríamos pensar que esto es un gran avance en nuestra civilización pero desde que tenemos constancia del hecho político ninguna forma de opresión ha tolerado el uso de la violencia impropia, el uso de la violencia que escapa del control del propio estado.

¿Algún tirano ha dejado de considerar la violencia que se ejercía contra su opresión como violencia mala, subversiva o terrorista? Hoy los regímenes democráticos que tan pomposamente rechazan la violencia y su uso se embarcan, sin rubor, en guerras ilegales (Irak es la más reciente) o en el uso injustificado de la fuerza contra civiles (antidisturbios, agresiones en comisarías, etc.). El rechazo de

las clases dominantes a la violencia es una hipocresía y en ese rechazo unánime e hipócrita ve Sorel un digno objeto de reflexión: ¿por qué tanta unanimidad?

Distingue Sorel entre fuerza y violencia. La fuerza es la coacción ejercida por las estructuras de poder jerarquizadas, sobretodo el estado, para mantener en una situación de sumisión a las masas desfavorecidas en el reparto del poder. Hoy en día no es necesario que el señor feudal llame a nuestra puerta para solicitar el diezmo, el banco toma lo que le debemos de nuestras cuentas bancarias o el estado nos extorsiona el IRPF directamente de nuestras nóminas. La policía y el ejército cumplen su función disuasoria sin necesidad de usar la fuerza bruta, basta hacer alarde de fuerzas para mantener el control sobre la población. Las hordas policiales no tienen que venir a desalojarnos de nuestras casas si nos negamos a admitir la extorsión de los bancos y del estado, nosotros mismos, concientes de nuestra impotencia, abandonamos nuestra propiedad para regocijo de los acreedores. Esta es la fuerza que día a día en toda estructura opresiva se ejerce sobre la masa desconcertada.

La violencia, sin embargo, es aquella potencia indomable con la que el pueblo se sacude el yugo impuesto sobre su cerviz. La violencia tiene un cariz revolucionario, la fuerza conservador. El terror de la burguesía de principios del XX por la violencia era natural según Sorel: la violencia es el único medio para arrebatar el poder a la minoría, es el único camino por el que el proletario podría salir de la opresión. El mito revolucionario de la huelga general sólo es efectuable mediante el uso de la violencia: "la fuerza tiene como objeto imponer la organización de determinado orden social en el cual gobierna una minoría, mientras que la violencia tiende a la destrucción de ese orden. La burguesía ha empleado la fuerza desde el comienzo de los tiempos modernos, mientras que el proletariado reacciona ahora contra ella y contra el Estado mediante la violencia."

Alguien que haya leído hasta aquí podría haber pensado que Sorel propone el más chusco terrorismo o pistolerismo pero no es así; Sorel, de hecho, ataca profundamente la concepción de la violencia como un medio para satisfacer las "bajas pasiones" de la venganza y del resentimiento. Como buen seguidor de Nietzsche considera que la venganza es un sentimiento de débiles resentidos; el fuerte devuelve el golpe, ataca, vence o pierde pero acepta el carácter agónico de la violencia, tras la lucha no cabe rencor, si acaso queda esperar la siguiente batalla.

Sorel muestra como las revoluciones burguesas han llevado aparejadas grandes dosis de resentimiento: los burgueses anhelantes de las posiciones privilegiadas de la nobleza muestran su rencor envidioso con su presteza en celebrar juicios sumarios, su rapidez en honrar a la guillotina, al gulag o a los pelotones de fusilamiento. Una vez haya triunfado la violencia proletaria, una vez se hayan roto las cadenas de la opresión, si la libertad conquistada no cae en manos de las estructuras de poder jerárquicas el pueblo liberado desterrará de su alma el

deseo de venganza y lo sustituirá por la dicha de la justicia: "Nunca he tenido por el "odio creador" la admiración que Jaurès le profesa; no experimento por los guillotinadores las mismas indulgencias que él; y me horroriza cualquier medida que aflige al vencido bajo un disfraz judicial. La guerra hecha a plena luz, sin ninguna atenuación hipócrita, con miras a aplastar a un enemigo irreconciliable, excluye todas las abominaciones que han deshonrado a la revolución burguesa del siglo XVIII"

Pero, ¿cómo evitarlo?, ¿cómo conseguir que las fuerzas estatalistas no se apropien del ímpetu revolucionario y torne sus ansias de justicia en apetitos vengativos? Sorel no da ninguna respuesta a esto mientras que la historia nos muestra como a lo largo de tantos y tantos levantamientos populares las estructuras jerárquicas de poder se han adueñado de esa fuerza liberadora del pueblo y la ha transformado en purgas y persecuciones. Sorel dice que el mito de la huelga revolucionaria purificará el alma del pueblo y la liberará de los bajos instintos vindicativos; mientras que los "socialistas parlamentarios" intentan engatusar a los obreros alimentando su envidia y rencor hacia los ricos el mito revolucionario alimenta los anhelos de justicia y libertad pero, cabe preguntarse ¿bastaría con esto para evitar los desmanes de los metarelatos totalitarios del siglo XX que todos conocemos?

Sea como sea el pensamiento de Sorel por su radicalidad es tristemente lejano al pensamiento político fáctico de hoy en día pero también, irónicamente, profundamente actual desde una perspectiva más profunda que analice los usos y los abusos de la fuerza sobre la población y los medios de esta para defenderse. ¿Es posible el mito revolucionario de Sorel hoy? A mi juicio no. La situación económica en Occidente es demasiado boyante para que las masas sean arrastradas por un mito redentor, hay demasiado que perder y siempre echan un buen programa por la tele. Mucho me temo que los mitos no tienen hoy un papel social más allá de celebrar éxitos de la selección de fútbol o de indignarse contra el último asesino o/y abusador de niños; mitos sociales que proveen a las masas de descargas emocionales catárticas y socializadoras pero que carecen de poder subversivo alguno. Sorel se enfrentó a los inicios de la demagogia sistemática en el caso Dreyfus pero no fue capaz de imaginar el poder que adquirirían los medios de información para manipular la conciencia de las masas y romper cualquier posibilidad de construir un mito social con poder subversivo. Mucho me temo que hoy en día la praxis de las teorías sorelianas nos llevaría a un quijotesco predicar en el desierto o al más sórdido terrorismo.

Georges Sorel y el sindicalismo revolucionario

Pepe Gutiérrez-Álvarez

Entre los teóricos que más influyeron en el desarrollo del sindicalismo revolucionario estuvo Sorel, citado en la Universitat d´Estiu como uno de los referentes del Walter Benjamin revolucionario, y autor cuya errática etapa final no debe de ocultar la importancia de sus aportaciones, que están fuera de oda duda. Su lectura y su conocimiento adquieren una pertinencia –crítica, por supuesto.-, a la hora de reamar un nuevo sindicalismo en oposición al sindicalismo de servicios y de "negociación" que nos ha llevado a esta situación…Una situación en la que un sindicalismo alternativo tendrá que trabajar por desbordar los marcos establecidos, y dar lugar a una confluencia de hombres y mujeres que a la hora de la lucha pongan por encima los intereses generales, la visión de conjunto, que sus propias afinidades ideológicas, todas respetables mientras contribuyan a la atarea general de hacer retroceder a los amos del país, y a también a sus servidores.

Digamos cuatro cosas sobre George Sorel, controvertido pensador político, teórico del sindicalismo revolucionario y de la huelga general. Graduado en la Escuela Politécnica de París, trabajó como ingeniero durante más de veinte años, abandonando esta profesión en 1892 para dedicarse a lo que se había convertido su pasión fundamental: escribir sobre el sindicalismo y la revolución. Esto fue lo que hizo hasta el momento de su fallecimiento. Según su propia confesión fue marxista «ortodoxo» —o sea socialdemócrata a lo Kautsky— hasta 1897, pero a partir de entonces amplió el espectro de sus influencias filosóficas con lecturas de otros pensadores como Nietzsche, Renan y Henri Bergson. Calificado por uno de sus biógrafos como «un conservador revolucionario», las concepciones de Sorel se

diferencian, entre otras cuestiones menores, por su convicción de que la sociedad burguesa —a la que odiaba tanto como conservador que añora una vida preindustrial como por revolucionario que quiere derrocarla para instaurar el socialismo— se hallaba en plena decadencia.

Encontraba en la tradición democrática y racionalista, en el pacifismo liberal (de Jaurés), el síntoma más evidente de esta realidad. Muestra de ello son sus palabras sobre la democracia burguesa: «El gobierno por la masa de los ciudadanos no ha sido nunca más que una ficción: sin embargo, esa ficción fue la última palabra de la ciencia democrática. Ningún intento se ha hecho para justificar la singular paradoja según la cual el voto de una mayoría caótica habrá de producir lo que Rousseau llama la `voluntad general, que es infalible´».

Desde la revista El movimiento socialista, Sorel propugna una intervención directa de los trabajadores que se contrapusiese, tanto al régimen parlamentario burgués como a los pactos de los jefes políticos reformistas —como Millerand y Jaurés—, por medio de una acción revolucionaria estimulada por una fuerte carga moralista encarnada en los «mitos» revolucionarios. El tema central de su pensamiento fue la organización y el ejercicio viril de la violencia revolucionaria del proletariado, contrapuesta a la fuerza de poder político, la creación de un sindicalismo constituido en la negación radical del compromiso político. Sus ideas sobre el sindicalismo revolucionario se apoyaban en tres consideraciones fundamentales. En la idea de que no se trata de apoderarse de la maquinaria del Estado sino de destruirla; en su primacía de la acción directa en la industria sobre la acción política parlamentaria y en métodos, o mito, según su propia terminología, de la huelga general capaz de galvanizar a la gran mayoría del proletariado hacia la revolución.

George Sorel exalta el ejemplo de la CGT francesa porque al «mismo tiempo que los teóricos (marxistas) se mostraban impotentes, unos hombres ardientes animados de un sentimiento de libertad, de vigor prodigioso, tan ricos en amor al proletariado como pobres en fórmulas escolásticas, (…) sacaron de la práctica de las huelgas una concepción clarísima de la lucha de clases, lanzaban al socialismo por una nueva vía que empieza a recorrer hoy (…) Los historiadores verán un día en esta entrada de los anarquistas en los sindicatos uno de los más grandes acontecimientos que se hayan producido en nuestro tiempo». (Reflexiones sobre la violencia. Alianza Universidad, con prólogo del muy conservador Isaías Berlín).

Estas concepciones iban, no obstante, envueltas en ideas aristocráticas y oscurantistas —la necesidad de los «mitos», en particular el de la violencia concebida como una fuerza regeneradora, lo que le valió el aplauso nada inocente de Mussolini y de otros filofascistas—, y manifestaron su lado reaccionario cuando Sorel en 1910 asumió plenamente su componente «estética» y le aproximó, aunque fuera fugazmente, a la extrema derecha, a la Acción Francesa y que culminó más

tarde con su adhesión al llamado «Circulo Proudhom» —un pensador muy presente en su obra—, creado por un representante de esta tendencia. Su influencia en la CGT y en el sindicalismo revolucionario fue muy importante entre siglos, en una época en la que Sorel pensaba que: «El socialismo es una cuestión moral en el sentido que introduce en el mundo un nuevo modo de juzgar todas las acciones humana o, siguiendo una conocida expresión de Nietzsche, una transvaloración de todos los valores…

Las clases medias no pueden encontrar en sus condiciones de vida una fuente de ideas que estén en oposición directa a las ideas burguesas; la noción de catástrofe le resulta completamente ajena. El proletariado, al contrario, encuentra en sus condiciones de vida con qué alimentar sentimientos de solidaridad y rebelión; está en guerra diaria con la jerarquía y con la propiedad; puede así concebir valores morales opuestos a los consagrados por la tradición. En esa transvaloración de todos los valores por el proletariado militante reside la gran originalidad del socialismo contemporáneo» (citado por E.H. Carr en Sorel: filósofo del sindicalismo, ensayo incluido en Estudios sobre la revolución Alianza, Madrid, 1970; hay una edición reciente).

Cuando el desarrollo del capitalismo financiero y la exacerbación de las contradicciones internacionales, hicieron que el sindicalismo de la Carta de Amiens entrara en una profunda crisis, Sorel sufrió una gran desorientación que le llevaron hacia sus veleidades con la derecha más extrema y a ilustrar sus grandes contradicciones en el otoño de su existencia, cuando apoyaría dos opciones completamente opuestas: la revolución rusa a la que saludó como «el rojo amanecer de una nueva época», y la victoria del fascio en Italia, el país donde logró una mayor influencia fuera de Francia. Sorel fue director de las revistas La nueva era El porvenir social y Estudios socialistas.

También escribió numerosos ensayos, entre los cuales cabe señalar, El porvenir de los sindicatos (1897); Reflexiones sobre la violencia, su obra más notoria, con la que incorpora el irracionalismo filosófico a la política y en la que desarrolla su análisis del mito en la vida de las sociedades y de la huelga general concebida como un mito nucleador y dinamizador de las luchas emancipatorias de la clase obrera; Materiales para una teoría del proletariado (1919), y sus ataques al marxismo convencional en La descomposición del marxismo (1900), y Las polémicas sobre las interpretaciones de marxismo (1908), amén de unas Confesiones. Un amplio eco sobre el lugar de Sorel en el debate marxista-revisionista se encuentra en la amplia obra de Bo Gustafson, Marxismo y revisionismo (Grijalbo).

El sindicalismo revolucionario

Georges Sorel

Me he preguntado con frecuencia si no debía insistir en las cuestiones que había tratado, de una manera demasiado breve o demasiado superficial, en el Porvenir socialista de los Sindicatos -aprovechándome de las experiencias ocurridas desde 1897 y de los conocimientos más extensos que he adquirido de los principios del socialismo, -para dar una exposición más clara, metódica y profunda del movimiento sindical. Siempre me ha detenido la extraordinaria amplitud de los problemas que se me presentaban, cuando me ponía a reflexionar sobre estas cosas; por otra parte, estos últimos años han sido singularmente ricos en hechos imprevistos, que han venido a hacer vanas las síntesis que parecían mejor establecidas. Cuando se cree haber hallado un sistema que abarca convenientemente las comprobaciones que se juzgan más importantes, un estudio más detallado o un incidente fuerzan a abandonar todo.

No estamos aquí en presencia de fenómenos pertenecientes a géneros clásicos, de fenómenos que todo trabajador serio pueda vanagloriarse de poder observar correctamente, definir con exactitud, explicar de manera satisfactoria, utilizando principios aceptados en la ciencia. Los principios faltan aquí en absoluto; es, por lo tanto, imposible llegar a describir con precisión y claridad; a veces, hasta hay que temer un excesivo rigor de lenguaje, porque estaría en contradicción con el carácter fluente de la realidad y ese lenguaje engañaría. Debe procederse por tanteos, probar hipótesis verosímiles y parciales, contentarse con aproximaciones provisionales, para dejar siempre la puerta abierta a correcciones progresivas.

Esta impotencia relativa debe parecer muy despreciable a los grandes señores de la sociología, que fabrican, sin el menor cansancio, vastas síntesis que abarcan

una seudohistoria del pasado y un futuro quimérico; pero el socialismo es más modesto que la sociología.

Mi folleto es uno de estos tanteos. Cuando lo escribí, en 1897, estaba muy lejos de saber todo lo que sé hoy; por lo demás, me proponía un fin bastante restringido: llamar la atención de los socialistas sobre el gran papel que podían estar llamados a desempeñar los sindicatos en el mundo moderno. Veía que había muchos prejuicios contra el movimiento sindical y creía que este estudio contribuiría a disipar algunos; para conseguir mi fin, debía tocar muchas cuestiones más que profundizar ninguna.

En aquella época, la idea de la huelga general era odiosa para la mayor parte de los jefes socialistas franceses, y yo creí prudente suprimir un capítulo que había consagrado a mostrar la importancia de esta concepción. Desde entonces, han ocurrido grandes cambios: en 1900, cuando reedité mi artículo, la huelga general ya no era considerada como una simple insania anarquista; hoy es sostenida por el grupo del Mouvement Socialiste. Más de una vez, Jaurés ha dado a entender que era partidario de este modo de concebir la revolución (1); esto ha sucedido cuando ha necesitado el apoyo de los sindicalistas, pero luego ha rechazado esa utopía, que no conviene a los ricos accionistas de su periódico, a los dreyfusistas de la Bolsa ni a las condesas socialistas. Lo que debe atraer nuestra atención es que Lagardelle y Berth, a quienes nadie, en el mundo socialista, gana en talento, en saber y en abnegación, han llegado, mediante la observación y la reflexión, a defender la huelga general; gracias a esto, se han convertido en Francia en los representantes más autorizados del sindicalismo revolucionario.

Quizá no está lejano el momento en que no se encuentre mejor medio de definir el socialismo que por la huelga general; entonces se verá claramente que todo estudio socialista debe hacerse sobre las direcciones y cualidades del movimiento sindical.

En la tesis de la huelga general hay que señalar tres propiedades importantes:

1º En primer lugar, expresa de un modo infinitamente claro, que el tiempo de las revoluciones políticas ha terminado, y que el proletariado se niega a dejar constituir nuevas jerarquías. Esta fórmula no sabe nada de los derechos del hombre, de la justicia absoluta, de las constituciones políticas y de los parlamentos; no niega pura y simplemente el gobierno de la burguesía capitalista, sino también toda jerarquía más o menos análoga a la burguesía. Los partidarios de la huelga general aspiran a hacer desaparecer todo lo que había preocupado a los antiguos liberales: la elocuencia de los tribunos, el manejo de la opinión pública, las combinaciones de partidos políticos. Esto sería, desde luego, el mundo al revés; pero ¿no ha afirmado el socialismo que quería crear una sociedad enteramente nueva? Más de un escritor socialista, demasiado alimentado por las tradiciones de la burguesía, no llega, sin embargo, a comprender tal locura anarquista; se pregunta lo

que podría venir después de la huelga general: sólo sería posible una sociedad organizada conforme al plan mismo de la producción, es decir, la verdadera sociedad socialista.

2º Kautsky afirma que el capitalismo no puede ser abolido fragmentariamente y que el socialismo no puede realizarse por etapas. Esta tesis es ininteligible cuando se practica el socialismo parlamentario: cuando un partido entra en una asamblea de deliberación, es con la esperanza de obtener concesiones de sus adversarios; y la experiencia muestra que, en efecto, las obtiene. Toda política electoral es evolucionista, aun admitiendo que muchas veces no obliga a transigir sobre el principio de la lucha de clases. La huelga general es una manera de expresar la tesis de Kautsky de un modo concreto; hasta ahora, no se ha dado ninguna fórmula que pueda llenar el mismo oficio.

3º La huelga general no ha nacido de reflexiones profundas sobre la filosofía de la historia; ha surgido de la práctica. Las huelgas no serían más que incidentes económicos de una importancia social mínima, si los revolucionarios no interviniesen para cambiar su carácter y convertirlas en episodios de la lucha social. Toda huelga, por local que sea, es una escaramuza en la gran batalla que se llama la huelga general. Las asociaciones de ideas son aquí tan simples que basta indicárselas a los obreros en huelga para hacer de ellos socialistas. Mantener la idea de guerra, hoy que tantos esfuerzos se hacen para oponer al socialismo la paz social, parece más necesario que nunca.

Los escritores burgueses, acostumbrados a catalogar las escuelas filosóficas y religiosas por medio de algunas fórmulas breves, conceden una importancia mayor a los axiomas que se leen a la cabeza de los programas socialistas. Con frecuencia han pensado que, criticando estas oscuras declaraciones y demostrando que están vacías de sentido reducirían el socialismo a la nada. La experiencia ha mostrado que tal método no conduce a nada y que el socialismo es independiente de los supuestos principios defendidos por sus teóricos oficiales. Yo compararía a éstos con los teólogos. Un sabio católico, Eduard Le Roy, se pregunta si los dogmas de su religión suministran algún conocimiento positivo sobre algo (2); promulgados para condenar determinadas herejías, parece que se habría conseguido mucha más claridad si se hubiesen limitado a simples negaciones. Los Congresos socialistas, asimismo, harían bien en decir que rechazan ciertas tendencias que se manifiestan en los partidos; si adoptan otro sistema, es porque sus axiomas son de tal modo vagos que puede aceptarlos todo el mundo.

Se afirma con frecuencia que es menester organizar al proletariado en el terreno político y económico para conquistar el poder, con objeto de reemplazar la sociedad capitalista por una sociedad comunista o colectivista, He aquí una fórmula magnífica y misteriosa que puede entenderse de muchas maneras; pero la más sencilla de todas las interpretaciones es la siguiente: provocar la formación de

asociaciones obreras, propias para crear la agitación contra los patronos; hacerse el abogado de los obreros cuando están en huelga y pesar sobre las administraciones públicas para que intervengan en favor de los trabajadores; hacerse nombrar diputado con el apoyo de los sindicalistas (3), y usar de su influencia, bien para que obtengan algunas ventajas los electores obreros, bien para que se den puestos a algunos hombres influyentes del mundo trabajador (4); en fin, lanzar de vez en cuando algún discurso resonante sobre las bellezas de la sociedad futura. Esta política está al alcance de todos los ambiciosos, y no exige que se entienda nada de socialismo para practicarla: es la de Augagneur y demás diputados socialistas que no han querido seguir en el partido socialista.

En mi opinión, no debe concederse la menor importancia a toda esta literatura. Los jefes oficiales del partido socialista se parecen, con harta frecuencia, a marinos de agua dulce a quienes el azar hubiese lanzado al gran mar y que navegasen sin saber hallar su camino en un mapa, reconocer las señales y tomar precauciones contra las tempestades. Mientras estos presuntos jefes meditan sobre la redacción de axiomas nuevos, acumulan vanidad sobre vanidad, y creen imponer su pensamiento al movimiento proletario, se encuentran sorprendidos por acontecimientos que todo el mundo espera, fuera de sus conciliábulos de sabios, y quedan estupefactos ante el menor incidente parlamentario (5).

Al mismo tiempo que los teóricos oficiales del socialismo se mostraban tan impotentes, unos hombres ardientes, animados de un sentimiento de libertad, de vigor prodigioso, tan ricos en amor al proletariado como pobres en fórmulas escolásticas, y que sacaron de la práctica de las huelgas una concepción clarísima de la lucha de clases, lanzaban el socialismo por la nueva vía que empieza a recorrer hoy (6).

El sindicalismo revolucionario turba las concepciones que se habían elaborado maduramente en el silencio del gabinete; marcha, en efecto, al azar de las circunstancias, sin cuidarse de someterse a una dogmática y dirigiendo más de una vez sus fuerzas por caminos que condenan los sabios. ¡Espectáculo desalentador para las almas nobles que creen en la soberanía de la ciencia en el orden moderno, que esperan la revolución de un vigoroso esfuerzo del pensamiento, y se imaginan que la idea dirige el mundo desde que éste se ha librado del oscurantismo clerical!

Es muy probable que se hayan perdido muchas fuerzas a consecuencia de esta táctica que, según ciertos intelectuales, merece el nombre de bárbara; pero también se ha producido mucho trabajo útil. Según prueba la experiencia superabundantemente, la revolución no posee el secreto del porvenir y procede como el capitalismo, precipitándose por todas las salidas que se le ofrecen.

El capitalismo no ha salido malparado de lo que se ha llamado su ceguera y su locura: si la burguesía hubiese escuchado a los hombres prácticos, sabios y

morales, se habría horrorizado ante el desorden que creaba con su actividad industrial, habría pedido al Estado que ejerciese un poder moderador y habría seguido por una senda conservadora. Marx describe en términos magníficos la obra prodigiosa que ha sido realizada sin plan, sin jefe y sin razón: Como nadie lo había hecho antes que ella, ha mostrado de qué es capaz la debilidad humana. Ha creado otras maravillas que las pirámides de Egipto, los acueductos romanos y las catedrales góticas: ha realizado otras campañas que invasiones y cruzadas. (7).

La burguesía ha actuado revolucionariamente y contra todas las ideas que los sociólogos se forman de una actividad potente y capaz de alcanzar grandes resultados. La revolución se ha fundado en la transformación de los instrumentos de producción, hecha al azar de las iniciativas individuales; pudiera decirse que ha obrado según un modo materialista, ya que nunca la ha guiado la idea de los medios a emplear para conseguir la grandeza de una clase o un país. ¿Por qué no podría seguir el mismo camino el proletariado y marchar hacia adelante sin imponer ningún plan ideal? Los capitalistas, en su furor innovador, no se ocupaban lo más mínimo de los intereses generales de su clase o su patria; cada uno de ellos consideraba únicamente el mayor beneficio inmediato. ¿Por qué los sindicatos han de subordinar sus reivindicaciones a altos intereses de economía nacional y no se han de aprovechar todo lo posible de sus ventajas cuando las circunstancias les son favorables? El poder y la riqueza de la burguesía se basaban en la autonomia de los directores de empresa. ¿Por qué no se ha de basar la fuerza revolucionaria del proletariado en la autonomía de las rebeliones obreras?

En efecto, el sindicalismo revolucionario concibe su papel de esta manera materialista, calcada en cierto modo sobre la práctica del capitalismo. Saca partido de la lucha de clases, como el capitalismo lo había sacado de la concurrencia, empujado por un vigoroso instinto de producir una acción mayor de lo que permiten las condiciones materiales. Los individuos que se precian de conocer la ciencia social y la filosofía de la historia, se muestran muy desconfiados al ver manifestarse instintos tan indisciplinados; se preguntan, con una inquietud a veces cómica, adónde conducirá semejante barbarie; se preocupan de prever las reglas que el proletariado deberá adoptar cuando las fuerzas difusas de la revolución se concentren, se organicen y tengan necesidad de órganos reguladores. Hay en toda esta actitud de los doctos infinita ignorancia.

No he de recordar a los compatriotas de Vico lo que este gran genio ha escrito sobre las condiciones en medio de las cuales se producen los ricorsi, estos sobrevienen cuando el alma popular vuelve a estados primitivos; cuando todo es instructivo, creador y poético en la humanidad. Vico encontraba en la Edad Media la ilustración más firme de su teoría; los comienzos del Cristianismo serían incomprensibles si no se supusiese, en los discípulos entusiastas, un estado análogo al de las civilizaciones arcáicas. El socialismo no puede aspirar a renovar el mundo si no se forma de la misma manera.

No nos asombra, pues, ver a las teorías socialistas caer unas después de otras, mostrarse tan débiles cuando el movimiento proletario es tan fuerte; entre ambas cosas no hay más que un lazo artificial. Las teorías han nacido de la reflexión burguesa (8); se presentan, por lo demás, como perfeccionamientos de filosofías éticas o históricas, elaboradas en una sociedad que ha llegado, desde hace mucho, a los grados más altos de intelectualismo; estas teorías nacen, pues, ya viejas y decrépitas. A veces dan la ilusión de una realidad que les falta, porque expresan con fortuna un sentimiento accidentalmente unido al movimiento obrero y se deshacen tan pronto como ese accidente desaparece. El sindicalismo revolucionario que no toma nada del pensamiento burgués, tiene, en cambio, el porvenir abierto ante sí.

El sindicalismo revolucionario encarna, a la hora presente, lo que hay en el marxismo de verdadero, de profundamente original, de superior a todas las fórmulas: a saber, que la lucha de clases es el alfa y omega del socialismo; que no es un concepto sociológico para uso de los sabios, sino el aspecto ideológico de una guerra social emprendida por el proletariado contra todos los jefes de industria; que el sindicato es el instrumento de la guerra social.

Con el tiempo, el socialismo sufrirá la evolución que le imponen las leyes de Vico: deberá elevarse por encima del instinto y hasta puede decirse que esto ha comenzado ya; el marxismo rejuvenecido y profundo que defienden en Francia Lagardelle y Berth, en Italia valerosos escritores, en medio de los cuales brilla Arturo Labriola, es ya el producto de tal evolución. La sabiduría y profunda inteligencia de estos jóvenes marxistas, se manifiestan en que no pretenden anticiparse al curso de la historia y tratan de comprender las cosas a medida que se producen.

Yo quisiera llamar ahora muy brevemente la atención sobre algunas de las dificultades más graves que presenta el sindicalismo revolucionario.

Hemos partido de la idea de que el sindicalismo persigue una guerra social, pero se nos objeta que la guerra no puede ser considerada, a la hora presente, como el régimen normal de los pueblos civilizados; la guerra no es más que un incidente y todos los esfuerzos de la gente razonable tienden a hacer este incidente más caro y menos temible. ¿Por qué no introducir la acción diplomática en la guerra social, para conseguir la paz?

Hay una gran diferencia entre la guerra de los Estados y la de las clases. Ninguna potencia aspira ya a la monarquía universal, todas fundan su política en un ideal de equilibrio; de este modo, los conflictos se hacen muy limitados y la paz puede resultar de concesiones recíprocas. El proletariado, en cambio, persigue la ruina completa de sus adversarios y determina la noción de equilibrio por la propaganda socialista; las huelgas no pueden originar una verdadera paz social.

Cuando los sindicatos se hacen muy grandes, les ocurre lo mismo que a los Estados: los estragos de la guerra son entonces enormes, y los directores vacilan en

lanzarse a aventuras. Muchas veces los defensores de la paz social han confesado que desearían que las organizaciones obreras fuesen muy poderosas para que de este modo estuvieran condenadas a la prudencia. Así como entre los Estados estallan a veces guerras de tarifas, que terminan por lo general en tratados de comercio, del mismo modo, el establecimiento de acuerdos entre grandes federaciones patronales y obreras, podría poner término a los conflictos sin cesar renacientes. Estos acuerdos, como los tratados de comercio, tenderían a la prosperidad común de los dos grupos, sacrificando algunos intereses locales. Al mismo tiempo que se hacen prudentes, las federaciones obreras grandes llegan a considerar las ventajas que les procura la prosperidad de los patronos y a tener en cuenta los intereses nacionales. El proletariado se ve así arrastrado a una esfera extraña a él, se transforma en el colaborador del capitalismo; la paz social parece próxima a convertirse en el régimen normal.

El Sindicalismo revolucionario conoce esta situación tan bien como los pacificadores y teme las centralizaciones fuertes; actuando de una manera difusa, puede mantener en todas partes la agitación huelguística: las guerras largas han engendrado o desarrollado la idea de patria; la huelga local y frecuente no cesa de rejuvenecer la idea socialista en el proletariado, de fortalecer los sentimientos de heroismo, de sacrificio y de unión, y de mantener siempre viva la esperanza de la revolución.

b) Se ha hecho observar que las antiguas revoluciones no han sido pura y simplemente guerras, sino que han servido para imponer sistemas jurídicos nuevos. ¿A qué puede tender la nueva revolución social?

Ya he dicho que las fórmulas teóricas oficiales del socialismo son muy poco satisfactorias; mas si se parte de la idea sindicalista, se ve uno naturalmente conducido a considerar la sociedad bajo un aspecto económico: todas las cosas deben reducirse al plano de un taller que marcha con orden, sin perder el tiempo y sin dejarse guiar por el capricho.

Si el socialismo aspira a transportar a la sociedad el régimen del taller, nunca se concederá bastante importancia a los progresos que se hacen en la disciplina del trabajo, en la organización de los esfuerzos colectivos, en el funcionamiento de las direcciones técnicas. En las buenas costumbres del taller está evidentemente la fuente de donde saldrá el derecho futuro; el socialismo heredará no sólo los instrumentos que hayan sido creados por el capitalismo y la ciencia que haya nacido del desarrollo técnico, sino también los procedimientos de cooperación que a la larga se habrán constituído en las fábricas, para sacar el mejor partido posible del tiempo, de las fuerzas y aptitudes de los hombres.

Estimo, en consecuencia, muy lamentables ciertos consejos que se han dado, más de una vez, a los obreros para desperdiciar el trabajo; el sabotaje es un procedimiento del antiguo régimen y no tiende en modo alguno a orientar a los

trabajadores en el camino de la emancipación. En el espíritu popular quedan aún numerosas supervivencias lamentables de este género, que el socialismo debía hacer desaparecer.

c) Es evidente que en una sociedad las relaciones de los hombres no pueden estar reguladas únicamente por la guerra; en nuestros países democráticos, sobre todo, infinitas complicaciones hacen imposible mantener el estado de guerra en todos los dominios. Examinemos sumariamente los principales terrenos en los cuales se efectúa la unión:

1° Cuando se habla de la democracia, hay que preocuparse menos de las constituciones políticas que de lo que ocurre en las masas populares: la difusión de la prensa, la pasión con que el público se interesa por los acontecimientos y la influencia que la opinión pública ejerce sobre los gobiernos; he aquí lo que debemos tener en consideración. Todo lo demás, es secundario o no sirve sino de auxiliar a esta organización de la voluntad general. La experiencia enseña que la clase obrera no es la menos ardiente en tomar partido sobre cuestiones que no tienen ninguna relación con sus intereses de clase: leyes que tocan a las libertades, resistencia que determinadas Ligas oponen a los abusos, política exterior, anticlericalismo.

Ha podido, pues, decirse que la democracia borra las clases. Más de una vez, los jefes de los partidos socialistas han tratado de encerrar al proletariado en el círculo de un magnífico aislamiento; pero las tropas no han seguido mucho tiempo a sus jefes. Las más sabias proclamas sobre el deber de los trabajadores resultan letra muerta cuando la emoción es demasiado viva. El asunto Dreyfus es bastante reciente para que sea necesario insistir.

2° Los Parlamentos no cesan de hacer leyes para la protección de los trabajadores; los socialistas se esfuerzan por conseguir que los tribunales inclinen su jurisprudencia en un sentido favorable a los obreros; la prensa socialista trata en todo momento de conmover a la opinión burguesa, apelando a los sentimientos de bondad, de humanidad, de solidaridad; es decir, a la moral burguesa. Los antiguos utopistas que esperaban una reforma social de la benevolencia o de las luces de los capitalistas mejor informados, han sido motivo de befa; y hoy parece que el socialismo recobra la vieja rutina y que solicita la protección de la clase que, con arreglo a su teoría, es la enemiga irreconciliable del proletariado.

Los radicales hacen avances en el sentido de la legislación social, con la esperanza de que desaparezcan ciertos estados agudos que constituyen, en su opinión, la única razón de ser del socialismo. Los católicos sociales siguen el mismo camino, porque exigen de los ricos el cumplimiento del deber social.

Los socialistas no se han dado aún exacta cuenta de lo que produce esta política (9): no parece dudoso que haya tenido por consecuencia desarrollar el

espíritu pequeño-burgués en muchos hombres elevados a puestos de responsabilidad por la confianza de sus compañeros.

3° El proletariado moderno está sediento de instrucción. La Iglesia ha creído que podría conquistar una gran influencia sobre su espíritu mediante la escuela; el Estado, en Francia, le disputa a la Iglesia con encarnizamiento la clientela obrera.

Empero, se tendría una idea muy inexacta de la influencia ideológica de la burguesía, si nos atuviésemos a las estadísticas escolares; el proletariado está bajo la dirección de una ideología extraña, gracias al libro sobre todo. Muchas veces se ha deplorado que no haya una buena literatura socialista; pero en Francia, por lo menos, esta literatura es prodigiosamente débil y Ia gran prensa socialista está en manos de burgueses que hablan sin pies ni cabeza de todas las cosas que ignoran.

Cuando se reflexiona sobre estos hechos, se ve uno obligado a reconocer que la fusión de las clases sociales por los católicos sociales y los radicales, no es quizá una quimera tan absurda como pudiera pensarse de primera intención: no sería imposible que el socialismo desapareciese por un fortalecimiento de la democracia, si el sindicalismo no estuviera ahí para oponerse a la paz social. La experiencia porque acabamos de pasar en Francia de gobiernos deseosos de dar amplias satisfacciones a la clase obrera, no es bastante para hacer pensar que estas tentativas, por hábiles y audaces que sean, puedan vencer las dificultades que el sindicalismo revolucionario opone a la paz social; a medida que la democracia avanza, los sindicalistas han alzado el tono de la lucha y el resultado más seguro de esta experiencia parece ser el siguiente: que el instinto de guerra se ha fortalecido en la misma proporción en que la burguesía ha hecho concesiones en vista de la paz.

En mi estudio de 1897 había examinado el sindicalismo de un modo abstracto; quería en aquella época mostrar la gran variedad de recursos que contiene. Mas para estudiar a fondo el sindicalismo revolucionario actual, habría que limitarse a examinar lo que ocurre en un solo país. Las tradiciones nacionales constituyen un elemento considerable en la organización obrera y esta verdad, que nunca se repetirá bastante, aparece aquí con una claridad particular.

No sé si me engaño, pero se me antoja que Italia ofrece un terreno singularmente favorable a la extensión del nuevo socialismo. Posee hoy algunos de los mejores representantes de la doctrina revolucionaria, quizá los que a la hora presente la defienden con mayor autoridad; tiene órganos concebidos con un espíritu excelente, desde el punto de vista socialista, como la Avanguardia y el Divenire. Sería interesante indagar si toda la historia italiana no es el soporte de este movimiento.

El instinto de revolución total es antiguo en Italia y ha podido adoptar aspectos muy distintos; hoy, presta a la idea de huelga general una popularidad que no tiene en los demás países. El espíritu local permanece vivo, y el sindicalismo, por consiguiente, tal vez no está tan amenazado por el burguesismo de las grandes

Federaciones como en Francia. La lucha de clases pudiera muy bien tomar en Italia sus formas más espléndidas, y el progreso del sindicalismo italiano deberá ser seguido con atención por todos los socialistas.

Notas:

(1) En el Congreso de París, en 1900, había votado en favor de la moción favorable a la huelga general, según el informe analítico oficial; pero, según la copia estenográfica, se habría abstenido.

(2) Eduard Le Roy: Qu'est-ce qu'un dogme? pp. 17-18. I (Tomado de la Quinzaine del 15 de Abril de 1906).

(3) En el Socialiste del 14 de septiembre de 1902, se quejan de que el secretario del sindicato ferroviario y los individuos más sobresalientes de esta asociación hayan trabajado, durante las elecciones, por los candidatos gubernamentales.

(4) En el Socialiste del 24 de febrero de 1901, se ve que el secretario de la Bolsa de Trabajo de Limoges, ha sido nombrado, gracias a la protección de Millerand, para un empleo de 5700 francos por año.

(5) Nada iguala la ingenuidad de nuestros socialistas imaginándose que Millerand no aceptaría una cartera ministerial, sino después de la revolución social, cuando todo el mundo, en la Cámara, sabía que corría tras de un ministerio.

(6) A este renacimiento del socialismo estará ligado, en Francia, el nombre de Fernand Pelloutier, que ha tomado una parte tan activa en la organización de las Bolsas del Trabajo, y que ha muerto antes de haber visto el resultado de la obra a que se había consagrado en cuerpo y alma.

Para muchos socialistas oficiales, Pelloutier fue solamente un oscuro periodista; ¡de tal modo ignoran la verdad sobre el movimiento obrero! El pobre y abnegado servidor del proletariado murió en un estado de miseria en 1901.

(7) Manifiesto comunista.

(8) Exceptúo aquí qué hay de esencial en el marxismo.

(9) Generalmente, los socialistas llaman a la legislación social derecho obrero; error análogo a aquél en que habrían incurrido los autores antiguos si hubiesen llamado derecho burgués al conjunto de reglas relativas a las relaciones que existían entre los señores feudales y los campesinos; la legislación social está fundada en la noción de sangre. Debería llamarse derecho obrero a las reglas que se refieren a todo el cuerpo de trabajadores, y que pueden, perfeccionándose, convertirse en el derecho futuro.

Determinismo y libertad en el pensamiento de Georges Sorel

El Emboscado

Georges Sorel (1847-1922) no es un filósofo y teórico revolucionario que requiera mayores presentaciones, sin embargo, tanto su figura como su pensamiento han pasado bastante desapercibidos en la historia del s. XX, pese a que su influencia se ha hecho sentir de forma velada y subrepticia a lo largo de la centuria pasada por medio de ciertos acontecimientos históricos, algunos personajes tanto políticos como ideológicos, y, también, sobre los movimientos sociales más recientes.

El pensamiento de Sorel está impregnado de una particular sofisticación teórica que hace que sus planteamientos sean especialmente sugestivos, escapando así de cualquier convencionalismo y eludiendo por completo la posibilidad de caer en esquemas ideológicos preconcebidos. Esta característica del pensamiento soreliano, que a primera vista pudiera resultar confusa e indefinida por lo que tiene de original, ha propiciado que la figura de Sorel haya sido reivindicada por sectores políticos y filosóficos de lo más dispares, lo que ha contribuido aún más a impedir su encasillamiento, quedando relegado a la condición de "espécimen" político exótico en los ámbitos académicos.

La complejidad de la que no está exento el pensamiento de Sorel se debe, en gran medida, a la gran heterogeneidad de influencias que recibe por parte de otros pensadores, de los que destacan Karl Marx, Pierre J. Proudhon, Giambattista Vico o Henri Bergson entre otros. A lo ya dicho es necesario sumarle lo que de propiamente suyo hay en su pensamiento, el cual no consiste únicamente en una curiosa síntesis y amalgama de diferentes ideas de los autores citados, sino que su

principal aportación reside en la agudeza y lucidez de sus análisis, habiendo sabido captar con exactitud el sentido general de la corriente histórica de su tiempo e identificado a la perfección los resortes impulsores del cambio histórico.

La historia, como creación humana, es concebida por Sorel a partir de la distinción que establece entre el «medio artificial» (*naturaleza artificial*) y el «medio natural» (*naturaleza natural*), entre el sistema maquinal y el sistema cósmico. Así, el hombre únicamente conoce aquello que hace, es decir, el mundo artificial de la industria, las máquinas y la técnica por cuanto este, como producto humano, constituye una creación suya. La *naturaleza artificial*, creada por el hombre, se encuentra separada de la *naturaleza natural* que constituye el mundo de los fenómenos naturales.

La *naturaleza artificial* se encuentra vinculada con el mundo de la técnica como mecanismo de la producción, la misma que hace posible su desarrollo progresivo hacia una mayor organización y un perfeccionamiento en su aplicación práctica. Por el contrario, la *naturaleza natural* corresponde a todo cuanto el hombre no ha hecho, al mundo de la naturaleza en el que se desarrollan las hipótesis científicas y cosmogónicas.

A partir de estas premisas, que son una clara herencia del pensamiento filosófico de Vico, Sorel desarrolla su propia visión acerca del desarrollo del cambio histórico, estableciendo una clara distinción entre determinismo y libertad. En este sentido su oposición al determinismo viene dada por el sentimiento de libertad que anida en el hombre y por el cual, lejos de desempeñar un papel pasivo en el devenir histórico, es el protagonista de la historia al ser su hacedor.

Así, la técnica industrial no determina la estructura social y cultural, porque la propia técnica es una creación del hombre con la que construye su porvenir. El hombre, para conocerlo, es necesario considerarlo en su totalidad como trabajador, poniéndole en relación con el aparato técnico de los medios de producción. Esto es importante en la medida en que el marco material que lo circunda le impone ciertas limitaciones, pero, sin embargo, el hombre no se ve modelado por este, ya que las estructuras, como creación suya, no son, en última instancia, las que determinan el sentido y la forma del desarrollo de los acontecimientos históricos.

El hombre, por medio de la técnica, construye sus propias condiciones de vida material sobre la naturaleza exterior, haciendo uso de las fuerzas que la propia naturaleza pone a su disposición convirtiéndose así en su señor. El hombre, como elemento activo, no es sólo producto de las circunstancias generadas por el marco estructural y material, y por tanto no sólo es *objeto*, sino que también es *sujeto* en la medida en que altera y cambia las circunstancias en las que se encuentra inserto, haciéndolas objeto de su actividad. Las circunstancias, así entendidas, no son únicamente objeto de la naturaleza, sino proceso y producto resultante de la actividad humana.

La *naturaleza artificial* es la instauración de un orden humano en el medio natural, con el cual se crean unas determinadas condiciones materiales y unas estructuras determinadas en las que, la relación del hombre con el sistema de producción adquiere especial importancia. Estas estructuras, como creación humana, únicamente constituyen una limitación del poder del hombre; condicionan pero no determinan la historia en cuanto a su desarrollo interno ya que el hombre no es únicamente *objeto*, sino *sujeto* que constantemente está modificando la tecnología aplicada en los medios de producción. Es de este modo como el hombre crea su historia como fruto de su actividad en el sistema de producción.

Frente al orden, como constitución de una *naturaleza artificial*, el desorden representa el estado natural de la humanidad. El orden supone, en definitiva, la situación en la que los hombres han llegado a ser capaces de imponer a los movimientos de las cosas direcciones opuestas a las que habrían existido sin su intervención; es por medio de la *naturaleza artificial* que el hombre adquiere, a través de una labor incesante, el poder de dirección, no pudiéndose detener ni un instante ya que todo tiende a volver al orden antiguo, al estado natural de desorden.

Aquí hace su aparición el carácter combativo del productor, que tiene que luchar obstinadamente para mantener y desarrollar el orden que se ha dado a sí mismo a través de la técnica, la misma que con su progreso permanente exige nuevos esfuerzos para adaptar los nuevos avances a la producción, y con ello preservar el orden y las estructuras que el hombre se ha dotado y que representan, en definitiva, la civilización material a la que ha dado origen. Por tanto, el movimiento natural de decadencia al que la humanidad se ve arrastrada, dirigiéndose hacia el desorden natural, debe ser contrarrestado por la labor de conservación de la civilización material por medio de esfuerzos heroicos de la voluntad del trabajador, una lucha que desecha todo tipo de optimismo idílico de un fin de la historia con el que se habría alcanzando la felicidad en un mundo lleno de luces e igualdad.

En síntesis puede decirse que, para Sorel, la historia es una creación exclusiva del hombre. Se da, entonces, una relación dialéctica, de influencia recíproca, entre el hombre y el orden artificial que genera sobre la naturaleza, por lo que las condiciones materiales y estructurales por él creadas pasan a condicionar su actividad, haciendo así del hombre *objeto* de la historia. Pero al mismo tiempo es el hombre, quien con su actividad creadora dirige el curso de los acontecimientos variando en cada momento el aparato técnico de la producción, y con ello cambiando constantemente las circunstancias materiales en las que se encuentra inserto, haciéndose a sí mismo *sujeto* y máximo artífice de la historia. La civilización material, siempre en peligro, debe ser conservada por una lucha heroica del trabajador contra la decadencia, lo que le dota de un particular sentido de la realidad desprovisto ya de ilusiones quiméricas engendradas por un infantil optimismo.

La reacción de Sorel

Ignacio San Miguel

La trayectoria de un pensador original y honrado aunque heterogéneo y heterodoxo.

Georges Sorel está hoy interesadamente olvidado. La significación de su pensamiento tiene que desagradar profundamente a los autores y seguidores del pensamiento único.

Su marxismo heterodoxo, o, por mejor decir, su disidencia del marxismo, no constituye la virtud que pudiera hacerle admirable a los ojos de los progresistas militantes. Estos están más dispuestos a perdonar los genocidios de Stalin o Mao Tse-Tung que las "Reflexiones sobre la violencia" de un pensador cuya idea real de la violencia no iba más allá de la huelga general y que condenaba el atentado político. Y que era un independiente y un crítico, pecado imperdonable.

Nacido en Cherburgo en 1847, su adhesión al marxismo data de 1894. Admiró siempre a Marx y su concepto de la lucha de clases. Siempre odió a la burguesía y esto le unía al pensador alemán. Pero...

Ya en 1896 escribía sobre Vico con admiración. En 1898, influído por Benedetto Croce y Eduard Bernstein comienza a criticar el marxismo. Era natural, puesto que su espíritu no se adecuaba realmente con esta filosofía. Hay que tener en cuenta que en estas fechas era discípulo de Henri Bergson.

Lo que comienza a incomodarle profundamente en el marxismo es, precisamente, una de sus características fundamentales: su materialismo. Es algo que choca con su naturaleza. Se ha dicho que las ideas de Sorel resultan

incoherentes y contradictorias en gran medida debido a sus bandazos ideológicos. Pero esta objeción resulta poco significativa si consideramos que lo que predomina en Sorel es, ante todo, actitud, carácter y pasión. Entonces, se descubre un hilo central que conecta cuanto Sorel escribió y dijo: si no una doctrina, se halla la expresión de un temperamento singular, de una concepción permanente de la vida. A esta dirección permanente del espíritu, producto de un sentimiento íntimo insobornable, se le podría llamar "espíritu de elevación".

No podía estar cómodo con el marxismo ortodoxo, con el aspecto determinista de este sistema, marcado por leyes fatales de carácter económico, puramente material. Su concepto del hombre era radicalmente distinto del constituído por un rebaño al que únicamente motivaban necesidades físicas. No estaba de ninguna manera convencido de que los "revolucionarios del estómago", como con desprecio designaba a los que así pensaban, pudiesen triunfar algún día.

Lo cierto es que a finales del XIX el marxismo había entrado en crisis. Los primeros disparos de la gran batalla contra el marxismo se producen en el momento de la publicación del tercer volumen de "El capital". La obra alcanza un gran éxito tanto en Europa como en Estados Unidos. Böhm-Bawerk, ministro de Hacienda en tres ocasiones, profesor de economía en la Universidad de Viena, y uno de los economistas más respetados de su época, dirige su crítica a las teorías marxistas del valor y el plusvalor, y esta puede considerarse la respuesta que los economistas oficiales dan a Marx.

Universalmente aceptado en el campo antimarxista, el planteamiento del economista austríaco también inspira la crítica del marxismo emprendida dentro del campo socialista. Dos importantes autores, Vilfredo Pareto y Benedetto Croce, emprenden la misma vía.

La ruptura comienza con la crítica de la economía marxista, y es en este terreno donde se asientan el revisionismo revolucionario y su fundador, Georges Sorel. En los comienzos de su carrera como teórico marxista, Sorel reprueba la teoría del valor y llega a la conclusión de que la economía marxista no es necesaria a quienquiera que conciba el marxismo como conviene verlo, esto es, como una máquina de guerra contra la democracia burguesía. Esta idea era inimaginable para cualquier marxista ortodoxo, por muy independiente y exclusivo que pretendiera ser, como Lenin, Rosa Luxemburgo o Antonio Labriola, padre del marxismo italiano.

Lo cierto era que no aparecían signos de que la profecía marxista fuese a cumplirse en un futuro previsible, ya que la economía capitalista funcionaba muy bien. Había generado un considerable grado de riqueza y las condiciones de vida del proletariado habían mejorado notablemente. Es decir, el capitalismo no parecía ser portador de los gérmenes de su propia destrucción, como pensaba Marx. Para

destruir la sociedad burguesa, había, pues, que introducir novedades en la doctrina. Había que revisarla.

El marxismo era un sistema de ideas que hundía sus raíces en la filosofía del siglo XVIII. El revisionismo soreliano sustituye los fundamentos racionalistas, hegelianos, del marxismo, por la nueva visión de la naturaleza humana que proclama Le Bon, por el anticartesianismo de Bergson y por los últimos descubrimientos de la sociología política de Pareto. El socialismo soreliano es voluntarista, vitalista y antimaterialista. Se sirve del bergsonismo contra el cientificismo y llega hasta desdeñar la misma Razón. Es una filosofía de la acción, el culto de la energía y del ímpetu.

Dado que el libre juego de las fuerzas económicas era incapaz de desencadenar el proceso revolucionario, era preciso sustituir la economía por elementos psicológicos. Era necesario apelar a las fuerzas profundas del inconsciente y de la intuición.

Sorel nunca pretendió construir un cuerpo ideológico homogéneo. Su honestidad no le permitía maquillar las diversas etapas de su andadura. En realidad, no tenía ninguna razón para hacerlo: a pesar de las apariencias, su peripecia intelectual es coherente y, políticamente, de una lógica estricta.

Siempre le inspiraron un horror sagrado la sociedad burguesa, sus valores intelectuales, morales y políticos, el racionalismo cartesiano, el optimismo, el utilitarismo, el positivismo y el intelectualismo, la totalidad de los valores inherentes a la civilización de la Ilustración, comúnmente asociados con la democracia liberal. Sócrates, Descartes y Voltaire, Rousseau y Comte, y sus herederos, encabezados por Jaurès, representan la pendiente intelectual que inexorablemente lleva a la decadencia. Para Sorel la historia es, en última instancia, una crónica de un interminable combate contra la decadencia.

Contra la fuerzas de la decadencia se erigen siempre las energías de la resistencia: Anytus, al hablar en nombre de la Ciudad heroica, se enfrenta a Sócrates y a los sofistas. En los siglos XVII y XVIII, Pascal se opone a Descartes y a Voltaire, pero el sentimiento religioso no consigue poner coto al materialismo ascendente ni a la caída subsiguiente. Afortunadamente, Bergson y William James anuncian la existencia de un afán renovador capaz, acaso, de enderezar las ruinas acumuladas por Rousseau y Diderot, Condorcet y Auguste Comte.

Sorel fué siempre un moralista. Sin duda, tuvo parte en ello su educación piadosa, sus hondas raíces en la vida provinciana tradicional francesa, su patriotismo tácito pero profundo. Es evidente que lo que se le presentaba como desmoralización y desintegración de la sociedad francesa tradicional le preocupó durante toda su vida y alimentó su hostilidad frente a los que le parecían extraviarse más allá de los confines de la cultura tradicional de Occidente. Pero hay que contar también con la influencia decisiva de Henri Bergson, a cuyas lecciones asistía junto

con su amigo Péguy, y que, como a éste, le afectó de manera profunda y permanente.

Su socialismo revisado es moralista, espiritualista, antirracionalista, invoca a Pascal y Bergson -"entre quienes" dice, "cabría hacer más de una comparación"- contra los enemigos mortales, Sócrates y Descartes. Sorel se siente fascinado por Pascal, a la vez que le deslumbra el espiritualismo bergsoniano. Pascal se rebela contra el ateísmo, su espíritu siente la seducción del milagro, de modo que es la antítesis perfecta de Descartes que "abre la vía a los enciclopedistas reduciendo el papel de Dios a muy poca cosa". Sorel rechaza de un plumazo lo esencial de le herencia intelectual de los siglos XVII y XVIII. Sorel siente aversión por la concepción atomística del individuo que prevalece desde los tiempos de Hobbes y de Locke, pues ella es la culpable del liberalismo, de la democracia y del socialismo desnaturalizado. Al propio tiempo, coherente consigo mismo, estigmatiza la secularización de la sociedad francesa, ese proceso que nunca pudo haber cristalizado sin el relajamiento de las costumbres y la desaparición de la moral.

La violenta y constante repugnancia de Sorel hacia el modo de vida de la burguesía parisiense de su época, tan feroz, a su modo, como la de Flaubert, va ligada a un odio jansenista hacia esos dos males gemelos que son el hedonismo y el materialismo. Una sensación de ahogo en la sociedad burguesa del siglo XIX, comercializada, desenvuelta, insolente, impúdica, acomodaticia, cobarde y estúpida, llena los escritos de la época: las obras de Proudhon, Carlyle, Ibsen, Baudelaire, Nietzsche y los autores rusos más conocidos de entonces son una acusación gigantesca. Esta es la tradición en la que Sorel se encuadra desde el principio hasta el final de su vida como escritor.

Sorel no vacila a la hora de distinguir lo sano de lo enfermo, ya sea en los individuos o en las sociedades. Los griegos homéricos vivían a la luz de unos valores sin los cuales ninguna sociedad puede ser creadora o poseer un sentido de la grandeza. Admiraban el valor, la fuerza, la justicia, la lealtad, el sacrificio, y, por encima de todo, la lucha en sí. Después llegó el escepticismo, la sofística, la vida muelle, la democracia, el individualismo, la decadencia. También Roma fué en un tiempo heroica, pero cedió al legalismo y a la burocratización de la vida, y el bajo Imperio fué una jaula sofocante. En cierta época fué la Iglesia primitiva la que sostuvo la bandera del hombre. Lo que creían los primeros cristianos es menos importante que la intensidad de una fe que no dejaba resquicios al intelecto corrosivo. Por encima de todo, aquellos hombres rehuían las componendas. Las concesiones, repita Sorel, siempre ban conduciendo a la autodrestrucción. La única esperanza reside en la resistencia inquebrantable a las fuerzas que pretenden debilitar aquello por lo que instintivamente sabemos que vivimos. La paz de la Iglesia con el mundo acarreó su infección y degeneración.

No es raro que con esta disposición espiritual abandonase el socialismo marxista en 1909. Ni que acabara produciéndose una convergencia entre su pensamiento y el nacionalismo de la "L´Action française". En Abril de 1909, tras leer la segunda edición de la "Enquête sur la Monarchie" (Encuesta sobre la monarquía), Sorel ya manifestaba su admiración por el fundador de la "Acción Francesa", Charles Maurras. Más adelante, esta confluencia se consolida con un artículo que publica en "Il Divenire sociale", de Enrico Leone, la revista más importante del sindicalismo revolucionario italiano, en el que rinde un homenaje de gran repercusión al maurrasianismo y que "L´Action française" publica.

Los maurrasianos devuelven el cumplido con una lluvia de elogios: se habla de "la incomparable capacidad de análisis" de Sorel, y se le estima como "el más profundo crítico de las tesis modernistas" o "el más penetrante y eminente de los sociólogos franceses". Había un motivo adicional para este entusiasmo. Sorel había publicado el 4 de Abril en "L´Action française" un gran elogio de la obra de Péguy "Le mistère de la charité de Jeanne D´Arc" (El misterio de la caridad de Juana de Arco). "Obra magnífica, escribe Sorel, que contará tal vez entre las obras maestras de la literatura francesa". En realidad, no existe el patriotismo sin su esencia cristiana. El despertar nacionalista se encuentra estrechamente vinculado a la acción impetuosa del catolicismo. Todo escritor que quiera "hablar dignamente de la patria", dice Sorel, debe referirse a lo "sobrenatural cristiano".

Una "afirmación tan acerbamente católica" revela hasta qué punto "todos los bellacos sienten que el poder del que hoy disfrutan está amenazado", ya que, en contacto con este texto, "el lector no ha cesado de debatirse con el alma eterna de Francia". Para Sorel, el patriotismo católico de Péguy añade una dimensión suplementaria a la gran cruzada antirracionalista: "De este modo se nos presenta el patriotismo bajo un aspecto nada adecuado a los racionalistas (...), el arte triunfa aquí sobre la falsa ciencia que se contenta con las apariencias, y alcanza la realidad".

Hay que tener en cuenta que Sorel consideraba al catolicismo como fuente de disciplina y, en consecuencia, como un componente fundamental de la civilización que a diario debe defenderse de las fuerzas de la destrucción. Él quería devolver a la civilización europea la grandeza de los siglos cristianos, pesimistas y heroicos. No se interesaba por la metafísica cristiana, sino por el cristianismo como germen de un orden capaz de garantizar el futuro de la civilización.

En sus últimos años (murió en 1922), siempre descontento con lo que veía, depositó sus esperanzas en Lenin (?), sin duda por desconocimiento de la verdadera significación monstruosa de esta figura, como les ocurrió a tantos intelectuales de la época; posteriormente admiró a Mussolini. Fueron sus últimos bandazos. Estas variaciones (no tan incomprensibles si se coloca uno en la época) pueden hallar paralelismo con las fluctuaciones del pensamiento de Valle-Inclán en su ocaso. Mussolini, en busca de un linaje intelectual respetable, le reivindicó como padre

espiritual, aunque lo cierto es que él era fundamentalmente nietzscheano, lo mismo que su mentor de los inicios Gabriele D´Annunzio.

Estas líneas no tienen la pretensión de analizar o juzgar positiva a negativamente la doctrina de Sorel. Sí destacar el impulso espiritual que siempre movilizó sus energías. No hay duda de que el marxismo es una filosofía que niega la espiritualidad del hombre. Plenamente materialista, reduce al hombre a la única condición de animal inteligente. La degradación moral que esto conlleva ha sido plenamente demostrada en la práctica con la caída del régimen comunista en la antigua Unión Soviética y el indescriptible grado de corrupción que ha revelado.

Sorel era plenamente antimaterialista como queda dicho. Lo único que siempre le ligó a Marx fué su aversión íntima hacia la burguesía y su concepto de la lucha de clases que él tradujo a su visión heroica de la vida. Visión no sólo distinta sino opuesta a la de un marxista ortodoxo. El interés de Sorel estriba en que puede ser una prueba de que el espíritu del hombre se niega a perecer y que es susceptible de reaccionar. Y que este resurgimiento espiritual es incompatible con las concesiones, los compromisos, el pactismo, el dialoguismo y las componendas, que conducen a la corrupción y la decadencia, como el mismo Sorel afirmaba. Se dirá que esta actitud puede conducir a la violencia, y que, de hecho, Sorel era un teórico de la misma. Ha habido mucho interés en atribuirle a Sorel el patrimonio de la violencia, es cierto. Y eso, por quienes se resisten a hablar de los gigantescos genocidios realizados por Lenin, Stalin y Mao Tse- Tung. Pero Sorel era un moralista y, en consecuencia, repudiaba el atentado político. Su idea de la violencia se refería a la resistencia ante la injusticia, no a la agresión. Sus conceptos eran morales y metafísicos, más que empíricos. En la práctica, su idea de la violencia se circunscribía al mito de la huelga general que él cultivó siempre.

Si buscásemos a sus herederos políticos en la actualidad, quizás tendríamos que fijarnos en "Alleanza Nazionale", formación política neofascista que comparte con otras fuerzas el poder en Italia en la actualidad; circunstancia ésta que ha merecido el silencio más absoluto de los comentaristas en los medios de comunicación, por lo menos en los de España. Y a este respecto, se podrían mencionar algunos aspectos programáticos revelados por Federico Eichberg, responsable de la formación de cuadros dirigentes de esta agrupación política, en entrevista del pasado año:

"Nosotros nos llamamos la derecha de los valores. Nuestras tesis congresuales de 1995 se redactaron a la luz de la "Centessimus Annus", a la luz del derecho natural. Creemos en el realismo filosófico, en la escuela de Aristóteles y Santo Tomás. Creemos en la democracia como medio y no como fin. Creemos y defendemos el derecho a la vida. Alleanza ha sido el único partido que se ha opuesto a la ley del aborto, ya que en su momento la Democracia Cristiana nos traicionó porque no hizo lo posible para que esta ley no saliera".

Georges Sorel: una vida oscura, una obra enciclopédica

Georges Sorel, el profeta frances del sindicalismo revolucionario, el autor de reflexiones sobre la violencia, resumió gran parte de su discurso vital en esta esquemática confesión: "mi biografía cabe en pocas líneas. Nací en Cherburgo el 2 de noviembre de 1847; curse estudios en el colegio dicha ciudad, con excepción de un año pasado en el colegio Rollin de París; asistí a la Ècole Polytechnique desde 1865 hasta 1867. En 1892 abandone la administración de puentes y caminos, una vez que puede hacerlo en forma honorable, es decir, cuando se me condecoró (la Legión de Honor es una constancia de buenos servicios para todos los funcionarios de cierta jerarquía), y ya había sido nombrado ingeniero-jefe. Hubiera podido solicitar el favor (que se concede a los funcionarios de puentes y caminos) de revisar con licencia indefinida, lo cual me había permitido conservar mis derechos a la jubilación, pero en cambio prefería no pedir favores a nadie y por ello presenté mi renuncia".

Estos renglones sorelianos bastan para anoticiarnos de su vida oficial del funcionario técnico, pero no abarcan su segunda existencia, la que realmente cuenta en él: la labor recoleta de escritor y ensayista, de polemista y agitador social, que transcurre entre la última década del siglo XIX y la fecha de su muerte, en Boulogne-sur-Seine, el 28 de agosto de 1922.

La vida útil de Sorel puede sintetizarse mejor en el cuadro de algunas grandes influencias intelectuales que marcaron su pensamiento variado y no siempre coherente, ya que las soluciones del autor sobre sí mismo son escasas en su correspondencia y el resto de sus obras, como tan laboriosamente lo ha destacado Pierre Andreau en definitiva biografía. Es que lo que importa de veras de Sorel son sus ideas y no su vida privada, sobre todo la etapa de "publicista tardío" que más

relevancia adquirió para la historia del pensamiento político revolucionario del mundo occidental.

Sorel pertenecía una familia de pequeño-burgueses emprendedores. Sus padres le legaron un modesto capital, lo que le permitió independizarse en el área de sus tareas oficiales para proseguir en la madurez su vocación de escritor (su primer artículo se publica en 1886 en la Revue Philosophique). El medio provinciano y católico de la vieja Francia glorificada por Charles Pèguy dejó rastros indelebles en su producción, por ejemplo en la oposición de Sorel frente al Cesarismo plebiscitaria de Napoleón III (segundo imperio) y a su breve regresó a los principios legitimistas compartidos por Charles Maurras y su Nationalisme intègral, casi al final de su larga vida.

Así, pues, no es raro encontrar entre las influencias intelectuales que se ejercieron sobre Sorel a Alexis de Tocqueville (a través de L`ancien Règime et la revolution), al rechazar, por una parte, el absolutismo monárquico y a criticar, por la otra, la Revolución Francesa por haber aumentado la preponderancia del estado en vista de la correlativa destrucción de todos los grupos intermediarios que pudieran amortiguar tales efectos. Sorel, en forma polémica es heredero también de Hipólito Taine y Ernesto Renan.

Acaso las influencias más decisivas sobre Sorel, sin las cuales puede resultar incomprensible buena parte de su producción, son: Pierre-Joseph Proudhon, Carlos Marx, Giambattista Vico y, desde principios del siglo XX, Henry Bergson.

Proudhon ("la propiedad es un robo") es el reflejo, para Sorel, de las virtudes francesas tradicionales: amor a la familia, exaltación del trabajo en medio en la pobreza, necesidad insaciable de libertad y lucha contra todo estatismo arbitrario, espíritu rebelde pero respetuoso a la vez de las tradiciones históricas. En Proudhon, más que comunidad de festivos o reformas concretas, encontrará Sorel una absoluta fidelidad a los valores morales, un pensamiento en agitación perpetua y una voluntad de intransigencia que desgarra a ambos en múltiples ocasiones.

Ya bajo el influjo de Marx, a quien empieza a conocer y criticar hacia 1893, sobre todo a través de sus discípulos franceses Jules Guesde y Paul Lafargue, Sorel continuará viendo en el socialismo, básicamente, un imperativo ético: "el socialismo es una cuestión moral, en el sentido de que aporta al mundo, por lo menos, una manera nueva de juzgar todos los actos humanos o, de acuerdo con una conocida expresión de Nietzsche, una transmutacion de todos los valores. [...] El socialismo no sabe si podrá, cuando podrá realizar sus actuales aspiraciones, porque el tiempo cambió tanto nuestras ideas morales como nuestras condiciones económicas; pero se presenta frente al mundo burgués como su adversario irreconciliables, y lo amenaza con una catástrofe moral mucho más que con una catástrofe material". Frente a Marx desarrollará Sorel una permanente polémica, cuyos resultados más maduros pueden apreciarse en "La descomposición del marxismo" (1908), trabajo

en el que analiza agudamente las relaciones entre el reformismo y el espíritu revolucionario, y entre Marx y el marxismo.

El italiano Vico (1668-1744) le aporta su historicismo, su anti-naturalismo, su pragmatismo y, en especial, la idea de que "el hombre solo conoce lo que el mismo hace (o construye)", que Sorel separa por completo del contexto teológico en que lo insinúa Vico. Bergson, contemporáneo de Sorel en Francia, le suministra, entre otros, su concepto de "intuición", tan importante para Sorel como reivindicador de las fuerzas irracionales del hombre.

Aparte de los libros y los pensadores, la otra influencia sobresaliente experimentada por Sorel es la de su compañera de toda la vida, Marie-Euphrasie David, hija de campesinos pobres, obrera fabril y luego, de hotel en Lyon. En esta última ciudad, en 1875, atiende súbitamente digerido Sorel durante una enfermedad, y prolongada convivencia posterior de ambos dura hasta la muerte de la mujer en 1897. Respetuoso quizás en exceso del oposición que sus padres formularon a un posible casamiento, Sorel-incluso después de la muerte de sus progenitores-nunca pensó en legalizar su vínculo con Marie-Euphrasie .

A través de Marie-Euphrasie pudo Sorel comprender y presenciar muchos problemas de las clases pobres y campesina de Francia, tanto mejor que mediante sus esporas y sus conexiones con el movimiento sindical.

Para el año 1892 la vida de Sorel adquiere sus rasgos más definitivos y difundidos: el normando se radica en un suburbio de París (Boulogne-sur-Seine); viaja frecuentemente a la biblioteca nacional, donde trabaja e investiga como lo había hecho Marx pocas décadas antes en el British Museum londinense; concurre a círculos sindicales, la bolsa del trabajo, la sociedad de filosofía, los cursos de Bergson en la Sorbona, la Ècole des Hautes Ètudes Soiciales, la redacción de Cahiers de la Quinzaine, la librería de su amigo Paul Delesalle.. Sorel práctica en todas partes un enorme magisterio verbal, su medio preferido de expresión.

Richard Humphrey lo ha sintetizado de este modo: "a Sorel le gustaba la buena conversación; su aprecio por este arte, como en otros terrenos, lo mostraba como un hombre de la vieja Francia. Cierto día confesó a un amigo que, a pesar de su regusto por hablar acerca de las ideas más abstractas, el escribir las le resultaba sumamente dificultoso. Deseaba poder comunicar sus ideas mediante discos phonográficos en lugar de libros. En verdad, y con frecuencia, sus publicaciones son realmente una especie de monólogo conversacional con todo el encanto, la sugestión y la falta de exposición ordenada y equilibrada que conviene a dicha forma de expresión."

Entre el jardín que cultiva con esmero en Boulogne-sur-Seine, los viajes en lentos tranvías a y desde París y la intensa actividad intelectual que Sorel llevaba a cabo en la ciudad luz, nuestro autor siempre se hacía lugar para escribir docenas de artículos, polémicas, prefacios y ensayos, además de volúmenes en los que muchas

veces recopilaba una serie o conjunto de ellos. Sorel fue un gran trabajador de la pluma de su madurez y en su vejez llena de achaques. Estos años postreros casi no podía visitar su París, como tampoco llegó conocer Italia, donde se le estimaba y respetaba más que su patria, sobre todo gracias a amigos epistolares como Crose uno de los primeros en justipreciar sus sobresalientes cualidades.

Desde 1894, la lección, para Sorel, consistió fundamentalmente en abandonar la efímera ilusión, compartida con su amado Proudhon, de que los problemas de la justicia social se resolverían a través de una aristocracia republicana que afirmaría una nueva moralidad gracias al influjo de las instituciones democráticas. La participación complaciente de socialismo francés en los tejemanejes de la tercera república, al estilo de un partido burgués más, lo llevaron a rechazar de plano esa vía de acción y criticar a su dirigente: Jean Jaures.

Sorel, entonces, volvió retomar el hilo del estudio de las instituciones específicamente proletarias que le había interesado desde 1897. Así encontró el agente de regeneración moral y social que buscaba: el propio proletariado, agrupados sindicatos autónomos y no participaban del juego político partidista. Para ello, le sirvió de modelo y de impulso la tradición inmediata del movimiento obrero francés. Los syndicats iban a constituir, al menos por unos años, la preocupación esencial de Sorel, detallada en "El porvenir socialista de los sindicatos" y en las célebres "reflexiones sobre la violencia".

Pero Sorel tampoco permanecerá cerrado francamente a sus propias ideas, y si bien su teoría del sindicalismo revolucionario (o filosofía del sindicalismo) resulta más conocido y recordado por su obra, apartir de 1910 el autor sufre un pasajero deslumbramiento con las tendencias nacionalistas de extrema derecha encarnadas por Pèguy, Maurras, Georges Valois y el grupo de la Action Francaise. Si bien Sorel no llegó jamás a considerarse monárquico legitimista, la realidad del movimiento sindical tal como en la observaba en Francia lo movió a posiciones muy vecinas al tradicionalismo político, el desencanto con los sindicatos "aburguesados", demasiado preocupados por reivindicaciones económicistas, lo llevó a considerar la posibilidad de una nueva regeneración moral, promovidas tales por la extrema derecha. Action Francaise y sus congéneres predicaban un moralismo autoritario anti-burgués y se preparaban para violencia.

Sin embargo, la Primera Guerra Mundial curó definitivamente a Sorel de esas "ilusiones perdidas". El mismo escritor cuando analiza con justeza el conflicto bélico como "una guerra entre Plutócratas, bajo el disfraz de la democracia". El Nationalisme intègral toma el partido lógico del patrioterismo y el chauvinismo; Sorel no vacila- y lo repite lo largo de su correspondencia de esa época-en adoptar la solución internacionalista que ya había configurado en los años previos al efímero eclipse ideológico. La revolución rusa de 1917 vuelve a reavivar sus ilusiones, antes de que culmine su primera etapa leninista, y a poco tiempo después

de su muerte la marcha fascista sobre Roma (1922) completa el panorama de descalabro social posterior al fin de las hostilidades de 1914-1918. Para Sorel, en sus últimos días, parecía inminente el apocalipsis que tantas veces vislumbro.

Los temas que preocuparon a Sorel escritor activo cubren un espectro riquísimo para el mundo que estaba entrando apresuradamente en lo que Ortega y Gasset llamó la "barbarie del especialismo". Sorel dedicó libros y artículos a la Biblia, el juicio de Sócrates, la metafísica de Aristóteles, la ciencia antigua y moderna, la filosofía histórica de Renan, la historia de la tecnología, la idea del progreso, el pragmatismo, la filosofía de Bergson, los principios del cristianismo, el modernismo católico, el origen de las matemáticas, la decadencia del Imperio Romano, la revolución dreyfusiana, la descomposición del marxismo, las ideas de Proudhon, la economía moderna, etc.. Una de sus preocupaciones fundamentales, empero, la constituyó el análisis del proletariado y sus organizaciones, con especial énfasis en la táctica y estrategia, además de cuestiones generales sobre la ética de socialismo.

De la teoría del conocimiento a la violencia proletaria

Acaso lo más revolucionario de la obra soreliana sea su teoría del conocimiento -nunca organizada sistemáticamente- , cuando se la relacióna con el sindicalismo revolucionario del cual este autor vino a ser abanderado en su madurez.

Para Sorel, nunca podemos comprender a fondo sino lo que nosotros mismos fabricamos. Lo mismo que para Marx. Una, el hombre de ser definido mejor como homo-faber, o individuo que produce utensilios (toolmaker, Benjamín Franklin), que como homo sapiens. Sorel desarrolla y precisa ambas concepciones: el hombre no es homo sapiens sino en tanto es homo-faber pues la razón es hija de la técnica. "Nunca conoceremos de modo cierto el mundo cósmico, pero debemos conocer el mundo artificial por qué nosotros mismos los fabricamos" (de Aristóteles a Marx). La técnica también debe verificar la ciencia, y demostrarla en cada caso que se presenta.

Llevando sus extremos lógicos el materialismo histórico de Marx (los hombres producen las ideas y las categorías conforme a sus relaciones sociales), Sorel afirma que el modo de conocimiento del hombre está ligado a su modo de producción: "inventad nuevas máquinas y conseguiréis progresar en la inteligencia de lo desconocido". Sorel reivindica así para los productores (los obreros, los trabajadores) la fuente de todo inteligencia, ya que ellos son quienes poseen las claves de una comprensión auténtica de los fenómenos. Su anti-intelectualismo empieza ya ha evidenciarse.

De esta teoría del conocimiento se deriva del "pluralismo dramático" de Sorel (Georges Goriely). Para nuestro autor la verdad no es única sino múltiple o la realidad es una vasta nebulosa en constante transformación, de la cual podemos

formarnos una idea aproximada mediante proyecciones emanadas de los diferentes puntos de vista, sobre un marco fijo establecido por nosotros y en cuyo interior se aprende la realidad. Por otra parte, este es el método empleado por el obrero y el ingeniero en su obra de creación técnica, mediante el ensayo y el error, hasta encontrar la solución más conveniente.

Pero los sentimientos acuden para complicar ése panorama sólo en apariencia racional. Los elementos pasionales e imaginativos -inescindibles de la persona humana y que en ocasiones de formar los análisis- van a tener para Sorel un importante aspecto positivo, como fermentos de la acción. Mucho de su obra de agitador y revolucionario estará teñida de esta concepción, y particularmente las reflexiones.

De los dos principios esforzados, la dependencia de la razón con respecto a la técnica y el papel aglutinante de los sentimientos, deriva buena parte de la doctrina social de Sorel "su filosofía materialista del conocimiento hará reencontrar Sorel con el sindicalismo revolucionario el obrerismo metafísico se reconocerá en el obrerismo social."

Las actividades del sindicalismo francés en el período 1880-1890 nada deberá Sorel, sino a la inversa: Sorel encontrará en las prácticas obreras los componentes que le permitirán dar formas concretas a su doctrina social ya apoyada en los citados principios gnoseologicos. A partir de 1890 la clase trabajadora comienza largo se la conmoción de la comuna (1870-1871) y a organizarse en sindicatos modernos, además de enfrentarse directamente con el gobierno de la tercera república (el que pretende someter a los gremios a reglamentaciones inaceptables)

La Confederation General du Travail (C.G.T.) se constituye definitivamente en 1901, y Fernand Pelloutier surge como dirigente sindical renovador, proclamando que los gremios necesitan organizarse en forma independiente del estado y encargarse de todo lo referente a la vida material inmoral del obrero. La nueva C.G.T. no se dejan atraer por las promesas de coparticipación con el gobierno y los patronos en organismos mixtos y se inclina por las huelgas, los paros, las manifestaciones violentas, los enfrentamientos usted con la policía, el sabotaje, la acción directa, a lo largo y el ancho del país. Las huelgas tienen el objeto de luchar por reivindicaciones inmediatas a la vez que contribuyan a profundizar la brecha que separa a los asalariados de sus patrones y, en cierta medida, también del estado y los partidarios reformistas como el socialismo. El movimiento alcanza su apogeo hacia el primero de mayo de 1906, cuando propugna la jornada laboral de ocho horas: los obreros deciden no trabajar más que durante ése lapso, en virtud de su exclusiva voluntad, y abandonar sus ocupaciones sin solicitar autorización al patrón ni esperar legislación estado.

Incluso después de resumir de modo incompleto tantos acontecimientos del período, resulta fácil comprender cómo ese tipo de sindicalismo se avecinaba a las propias ideas de Sorel. Para este, ser hombre es comprender, y comprender es producir: el hombre verdadero, el único que le interesa, es el productor. Quien no produce es un parásito, desde el punto de vista económico y asimismo desde el punto de vista intelectual pues en los trabajadores radican todos los valores.

Ahora podemos esbozar los dos elementos fundamentales de la teoría social de Sorel. El primero, enfoque crítico por excelencia, es el anti-intelectualismo de que hizo gala tantas veces. El segundo, enfoque positivo, es el papel constructivo que puede y debe desempeñar el proletariado.

Con respecto al anti-intelectualismo, la posición de Sorel es sumamente clara: "otra ocupación que no depende del proceso de la producción, que no es trabajo manual y ni auxiliar indispensable del trabajo manual, o quien está ligada a este por ciertos vínculos tecnológicos y no se traduce por un tiempo socialmente necesario, no puede ser considerada en un régimen socialista más que como un lujo sin derecho a remuneración alguna". El autor, con todo, reserva para los intelectuales dos misiones coadyuvantes al triunfo de los ideales sindicalistas revolucionarios, a condición de que aquéllos renuncien al mesiasnismo y a las prebendas del sistema vigente. La primera misión es auxiliar, y consiste en trabajar como "empleados de los sindicatos"; la segunda es contribuir a deteriorar el prestigio de la cultura burguesa: "nuestro papel puede resultar útil a condición de que nos dediquemos anegar el pensamiento burgués, para poner en guardia al proletariado contra la invasión de ideas o costumbres de la clase enemiga, puede afirmarse sin cesar qué imitación de la burguesía conducir al proletariado a un estado de generación".

En cuanto a la parte positiva de su concepción social, Sorel la desarrolló sucesivamente en dos horas capitales, las ya citadas "El porvenir socialista de los sindicatos" (1898) y "Reflexiones sobre la violencia" (1908).

En "El porvenir socialista…" es notoria la influencia de Pelloutier y del movimiento obrero francés, y Sorel trata principalmente allí de lo que Louzon ha llamado el "aspecto racionalista del sindicalismo"; en las posteriores Reflexiones su énfasis destaca de preferencia los aspectos "pasionales" de dicho sindicalismo.

La primera de las obras nombradas constituye, pues, un necesario prólogo para entender las Reflexiones. En El porvenir socialista Sorel reitera su obsesión de que para fundar una "sociedad de productores". Nadie se encuentra mejor capacitado que los propios productores, no sólo porque éstos son quienes más interés tienen en el nuevo orden sino por porque son los únicos que realmente saben y comprender la tarea, ya que trabajó en la base del conocimiento. Para el proletariado, su taller o artesanía "es a la vez su pan, su laboratorio, su clase de filosofía y su mundo".

Partiendo de la clásica definición marxista de que el proletariado (clase "en sí") debe adquirir la previa autoconciencia de clase "para sí" cuando emprenda el camino de una revolución triunfante, Sorel se preocupa por clasificar el modo de dicha adquisición de conciencia "para sí" por parte de los trabajadores. De acuerdo a Sorel, una clase no puede depender simplemente de la propaganda ideológica para lograr su autoconciencia: debe organizarse como una sociedad separada, con sus instituciones particulares, su propio derecho y su propia moral. El proletariado, en este caso, no puede crear su nueva sociedad en el seno de partidos políticos, como el socialismo, pues los mismos son copias serviles de los partidos burgueses. Todos los grupos políticos poseen idénticos fines: la conquista del poder, no la liberación del hombre que trabaja. La transformación proletaria sólo tendrá lugar en la sindicatos, organismos que por su misma naturaleza se encuentran cerrados a las elementos no-proletarios, creados por la clase obrera e indispensables para la defensa de la reivindicaciones diarias mediante la sindicatos, la clase laboriosa alcanzará construir en el seno de la sociedad burguesa una sociedad específicamente proletaria que, cuando llegué acaso el desarrollo suficiente, reemplazará la sociedad burguesa como forma de organización general.

Para lograr su objetivo final, será necesario que los sindicatos arrebaten al estado y al municipio, una por una, las atribuciones que al presente les pertenecen. La sindicatos se harán cargo, en un mañana que sentía como muy próximo, de mantener a las familias cuyos jefes prestan servicios a la causa revolucionaria, practicarán la inspección del trabajo, protegeran a la mujer y el niño, educaran a los jóvenes de hogares obreros, imponer sus propias reglas sobre moral y sobre el derecho de familia (la unión libre, por ejemplo, deberá gozar de los mismos derechos efectos que el matrimonio legítimo), etc.

Los peligros evidentes esta evolución progresiva de los sindicatos son advertidos a continuación por Sorel, quien los resume su concepto del eventual "aburguesamiento" de los grupos de trabajadores organizados dos puntos: "a la vez que se vuelven prudentes, las federaciones obreras muy grandes alcanzan a considerar las ventajas brindadas por la prosperidad de los patronos y a tomar en cuenta los intereses nacionales. El proletariado se encuentra arrastrado hacia una esfera que le es ajena: se convierte en colaborador del capitalismo. La paz social parece entonces muy próxima a transformarse en el régimen normal".

Nuestro autor busca un antídoto contra este peligro en los sentimientos de violencia, en buena medida irracionales, que provocan invertir en las huelgas en los trabajadores organizados. Precisamente, sus Reflexiones sobre la violencia cubren los aspectos más específicamente pasionales, o emotivos si se quiere, del sindicalismo. A partir de esta obra, Sorel irá dando una importancia de mayor a las emociones. La violencia pertenece, como es obvio, al plano emotivo, y es el resultado de un impulso sentimental que sirve para "aglutinar", fortalecer y concretizar la noción intelectual de lucha de clases. Por más que el obrero sepa que

existe un antagonismo de intereses entre él y su patrón, dicho conocimiento no penetra el fondo de su conciencia, no se hace verdaderamente real, sino se apodera de sus emociones al punto de arrastrarlo a actos de violencia. Como dice, en síntesis, Louzon: “la violencia proletaria es garantía de la conciencia proletaria”.

Las Reflexiones sorelianas, amén de prólogos y aprendices donde el escritor profundizar, modifica o completa los pensamientos volcados en el cuerpo de la obra, contiene siete capítulos básicos, de acuerdo siguiente detalle, necesariamente incompleto:

1. La lucha de clases y la violencia: Análisis de la idea de lucha de clases en las tácticas socialistas, en Francia contemporánea y en los sindicatos; crítica severa a las ilusiones referentes a la desaparición de la violencia en la sociedad actual.

2. La violencia y la decadencia de la burguesía: duro ataque a la labor del socialismo parlamentario, como colaborador embozado de la burguesía; planteo de la necesidad de una acción autónoma por parte del sindicalismo revolucionario; la violencia proletaria como factor esencial del marxismo; relaciones entre la revolución y la prosperidad económica.

3. Los prejuicios contra la violencia: examen de la violencia en la tradición revolucionaria francesa a partir de fines del siglo XVIII; papel represivo del estado burgués; demostración del oportunismo político de Jean Jaurès a través de su adoración por el éxito y su odio a vencidos; razones del antimilitarismo que profesa el sindicalismo revolucionario.

4. La huelga proletaria: Exposición de la noción de huelga general como mito del proletariado, y sus ventajas apreciables con respecto al socialismo parlamentario; discusión de los mitos en la historia, y su diferenciación de las utopías; perfeccionamiento del marxismo a través de huelga general; huelga general y lucha de clases; evaluación crítica de los llamados prejuicios científicos que se oponen a la huelga general.

5. La huelga general política: análisis del modo en que los políticos exhiben los sindicatos; diferencias entre las concepciones opuestas sobre la huelga general: socialismo parlamentario y sindicalismo revolucionario; opiniones sobre la guerra como fuente de heroísmo y sobre la dictadura del proletariado; distinciones entre la fuerza represiva del estado y la violencia regeneradora del proletariado; necesidad de una materia sobre la violencia proletaria.

6. La moral de la violencia: Panorama de las pretensiones conciliadoras la burguesía, y su horror a la violencia; la brutalidad en las escuelas y talleres; intentos para colocar el sindicalismo bajo control del estado, y explicación de interés mostrado por los políticos profesionales con respecto al arbitraje; recapitulación de las ideas de Proudhon sobre la moral, su importancia para el sindicalismo revolucionario, y el contraste con Inglaterra y Alemania.

7. La moral de los productores: Síntesis de las preocupaciones morales de la nueva escuela sindicalista y revolucionaria; necesidad de una nueva moral para los trabajadores organizados; analogías entre el espíritu de la huelga general y el de las guerras por la libertad; apología del sindicalismo como gente educador en la sociedad contemporánea.

El texto de las Reflexiones sobre la violencia luce una agilidad extraordinaria a 60 años desaparición como libro, aunque el pensamiento del autor se resiente por un excesivo romanticismo proletario y la falta de aplicación inmediata de muchas consignas emotivas, el tiempo transcurrido sea encargado de poner en evidencia.

Con todo, existen en las Reflexiones ciertos fragmentos de relevancia más que episódica donde Sorel procurará deslindar conceptos abstractos que todavía hoy conservan ejemplar actualidad.

Tal como lo preciso Goriely, Sorel distingue el mito de la utopía de esta forma: "la utopía es ese objetivo final fuera de nosotros como proyectado en la trama histórica; el mito es el objetivo final dentro de nosotros como la idea motriz de la extracción personal". El retórico francés intentó reemplazar el utopísmo del socialismo primitivo mediante la referencia a los mitos: como ejemplos de ellos enumera, entre otros, el catolicismo original, la reforma protestante, la Revolución Francesa, el Risorgimento, la huelga general. Los mitos, por su misma esencia, no se ven afectados por las críticas menudas ni por el aparente fracaso de sus creyentes en conseguir victorias inmediatas. Es que la utopía (Tomás moro, Campanella, Edward Bellamy) resulta el típico desarrollo de un mecanismo intelectual, en tanto que el mito se basan una reconstrucción anti-intelectual y, por ende, no es susceptible de reproches articulados según los métodos racionales análisis. El mito es indivisible y extensión limitada; con la utopía ocurre todo lo contrario. Sorel derivaba tales características del mito de su concepción del movimiento basado en la idea Bergsoniana de durèe (duración). Y, además como apunta lúcidamente Humphrey: "una diferencia básica entre el funcionamiento del mito, con su cualidad de infinito, y la utopía, cuyas aspiraciones finitas se pueden alcanzar mediante una reforma gradual, radica en que el mito, a través de su énfasis en la lucha de clases como principio fundamental de la táctica socialista, ofreció negociar increíblemente mayor de preservar la ideología puramente proletaria".

Hay otra pareja de conceptos -fuerza y violencia- que requiere breve aclaración antes de considerar los mitos propiamente Sorelianos.

Como Sorel debe mucho de su fama a la "apología de la violencia" (que, por supuesto, representaba para el algo muy distinto al terrorismo, al sabotaje o al mero derramamiento de sangre, pues poseía un hondo contenido moral y de legitima reacción contra el sistema político burgués), parece oportuno examinar a este respecto su completo desden por el estado en tanto que organización opresora del proletariado.

De ahí que Sorel, preciso como en muy pocas ocasiones, se haya tomado el trabajo de distinguir entre dos tipos de coerción, y sus palabras son ireemplazables: “a veces, los términos fuerza y violencia se utilizan indistintivamente para hablar de actos de autoridad o de actos de rebelión. Y es obvio que los dos casos gana lugar a consecuencias muy dispares. Pienso preferible adoptar una terminología que no dé lugar a ambigüedades, y reservar el vocablo violencia para los actos de rebelión. Se dirá, pues, que la fuerza tiene por objeto imponer cierto orden social a través del gobierno de una minoría, en tanto que la violencia tiende a la destrucción de dicho orden. La burguesía ha empleado la fuerza desde el inicio de los tiempos modernos, mientras el proletariado reacciona ahora contra la burguesía y contra el estado mediante la violencia”.

El estado burgués es el instrumento de un grupo socio-económico privilegiado que sojuzga (por la fuerza) a los restantes grupos de la sociedad; únicamente el proletariado -”la clase más numerosa y la más pobre”, como decía en otro contexto Saint-Simon- será capaz, por la violencia, de alterar el ciclo de luchas por el control del aparato gubernativo, y de llegar a la definitiva destrucción del propio estado.

La distinción de Sorel entre fuerza y violencia, empero, ofrece previsibles complicaciones, destaca Goriely: “es muy difícil, o casi imposible imaginar, una transformación parecida sin que llegue establecerse un poder contrapuesto, que detente la fuerza e incluso aspire a monopolizarla”. El comunismo de Lenin resuelve la contradicción al instaurar una indefinida “dictadura del proletariado” dirigida por el Partido Comunista; Sorel apenas brinda una vaga confianza en la posibilidad renovadora de los sindicatos.

Pero la idea de la violencia en sentido casi soreliano sigue teniendo datos en los últimos años. Ernesto Guevara -claro que sin mencionar autor francés, pues su principal inspiracion es Lenin- lo declara sin rodeos: “en estas condiciones de conflicto, la oligarquía rompe sus propios contratos, su propia apariencia de “democracia” y ataca pueblo, aunque siempre traté de utilizar los métodos de la superestructura que ha formado para la opresión. Se vuelve a plantear en éste momento el dilema: ¿qué hacer? Nosotros contestamos: la violencia no es patrimonio de los explotadores, la pueden usar los explotados, más aún, la han de usar en su momento”.

Volviendo a Sorel, después de haber tratado declara esos conceptos generales y previos, resulta evidente su posición sobre la lucha de clases. Como ya lo señaló en El porvenir socialista, “la lucha de clases es el alfa y el Omega del socialismo, quien es un concepto sociológico para uso de los sabios sin el aspecto ideológico de una guerra social proseguido por el proletariado contra el conjunto de los jefes de la industria; el sindicato es el instrumento de la guerra social”.

Esta guerra social implica fundamentalmente su puesta en práctica mediante las huelgas; en las reflexiones Sorel introduce precisiones terminológicas que van al fondo de los diversos actos de violencia ejecutados por los sindicatos.

El mito soreliano más ambicioso es la huelga general proletaria, esto es, un prolongado ataque de los obreros contra los bastiones del gobierno. Su fin concreto es el derrocamiento de la sociedad capitalista, y nuestro autor restringia el contenido del socialismo a este tipo de huelga.

La huelga general política está conectada con los fines inmediatos de los socialistas del parlamento y en el gobierno. La huelga política es una huelga simbólica, que revela la magnitud del apoyo de las masas a las reivindicaciones socialistas.

El tercer tipo de huelga es la bien conocida huelga económica: su objetivo es el mejoramiento de las condiciones de los trabajadores. Carece de fines políticos, o sólo los prevé muy indirectamente. Sorel mostraba relativa indiferencia de la huelga económica. Como muchos revolucionarios sociales, aunque defendían el derecho de los obreros a mejorar su nivel de vida, temían a la ideología reformista (el "aburguesamiento") que de ordinario acompaña las huelgas puramente económicas.

De tres cosas íntimamente ligadas: el hecho de las huelgas, las consiguientes violencias y el mito de la huelga general como fuerza inspiradora, se desprende el concepto de la moral de los productores, con el cual termina Sorel el imponente andamiaje construido en las reflexiones sobre la violencia: "he establecido que la violencia proletaria revise un significado del todo diferente que le atribuyen los eruditos superficiales y los políticos. En el desmoronamiento absoluto de instituciones y costumbres subsiste aun algo poderoso, nuevo e intacto; expresandose con propiedad, ello constituye el alma del proletariado revolucionario. Tampoco irá a la rastra de la decadencia general de los valores morales, si los trabajadores cuentan con energía necesaria para cerrar el paso a los corruptores burgueses, y responder a sus insinuaciones con la brutalidad más simple".

Sorel y sus influencias

Las ideas sindicalistas de Sorel, según es corriente apuntar, han influido sobre personalidades y movimientos políticos tan dispersos como Mussolini y el fascismo italiano y Lenin y el comunismo soviético.

Sorel muere pocas semanas antes de la marcha sobre Roma que lleva a Mussolini al poder en 1922; por lo tanto, no alcanzó a conocer el apogeo del fascismo. Sabemos que el autor francés era mejor conocido y más difundido en Italia que en su patria, no sólo entre los medios socialistas y sindicalistas sino por intelectuales como Lacayo de Crose, Wilfredo Pareto y GIulemo Ferrero. Mussolini debió haber sentido la necesidad de apoyarse ideológicamente en una autoridad que

ya no pudiera contradecirlo; a su modo, seguía el ejemplo de Lenin como heredero de Marx.

Mussolini y los fascistas habían empleado sistemáticamente el terrorismo, y Sorel había propiciado una apología de la violencia. Sorel postuló durante 30 años la lucha de clases y la independencia de los sindicatos, pero a través de Mussolini parecía apoyar la paz social y el corporativismo "fraternal" de obreros y patronos ante el altar de la patria el apóstol de acción directa resulta extrañamente reivindicado por quienes divinizaban el estado.

Mussolini, en síntesis, adoptó algunas fórmulas de Sorel fuera de contexto originario y las trastocó su beneficio. Entre la violencia soreliana y la fuerza mussoliniana debe hacerse la diferencia que existe entre "matar a un enemigo en combate y liquidar a un prisionero" (Louzon).

Lenin, con anterioridad de 1917, había calificado Sorel de "embrollón" (materialismo y empíriocriticismo), pero se olvida con frecuencia que aquel empleo dicho término refiriéndose "específicamente al ingreso de Sorel a problemas relativos al epistemológico y a la filosofía de las ciencias naturales". La oposición de Sorel al gobierno burgués, y su deseo de derrocarlo por la violencia sindical, encuentran un continuador práctico en Lenin (el estado de la revolución), aunque más adelante la burocratización de la Unión Soviética y el sometimiento de los sindicatos obreros al Partido Comunista no habrían contado con la aprobación del autor francés. Pero hasta la fecha de su muerte, Sorel apoyo -a veces críticamente- a Lenin en la lucha de este contra la burguesía, dentro y fuera de Rusia, y en sus esfuerzos en pro de una nueva sociedad de productores.

Con todo, las diferencias básicas entre Lenin y Sorel pueden resumir diciendo que el primero era un hombre político que creía que la acción revolucionaria debía darse a través de una vanguardia organizada de agitadores profesionales, es decir, el Partido Comunista; para el segundo, las instituciones económicas del proletariado constituían el exclusivo agente de la revolución.

Fuera del fascismo italiano y del comunismo soviético, las influencias de Sorel en el pensamiento político del siglo XX son menos importantes y más dispersas. Cuando muere Sorel, ya ha pasado el cenit del sindicalismo autónomo y combativo, y lo que empieza forjarse es el comunismo a la rusa, y posteriormente sus variantes al estilo de las "democracias populares", la revolución china, la revolución cubana, etc. que, claro está, no continúan las ideas de Sorel. Este se eclipsa físicamente cuando ya ha perecido su mundo intelectual, el anterior a la Primera Guerra Mundial.

Así, por ejemplo, pueda recordarse el ala "soreliana" que se separó del Partido Socialista Argentino en 1906, insistiendo en la revolución mediante la huelga general y en "todo el poder sindicatos"; el influjo del teórico francés en autores ingleses como Wyndham Lewis (The Art Of Being Ruled, 1926) y T.E.

Hulme (Speculations, 1924), y en la producción de un grupo reducido de seguidores del maestro su tierra (Daniel Halèvy, Paul Bourget con su pieza teatral La Barricada, Georges Valois, los hermanos Jèrome y Jean Tharaud, Èdouard Berth, Pierre Andreau), oscilantes entre la derecha y la izquierda del espectro político. Los norteamericanos Max Ascoli (The Power _Of Freedom 1949) y James Burnham (The Machiavellians, 1943) también han experimentado lección de nuestro autor.

De ideas sorelianas, por fin, pueden rastrearse en figuras que se hallan muy lejos de responder directamente al apóstol del sindicalismo. Albert Camus, en su dicotomía de rèvolte y revolution, parece recapitular las conocidas oposiciones entre mito y utopía o entre fuerza y violencia: "la revolución es la inserción de la idea en la experiencia histórica, en tanto que la rebelión sólo es el movimiento que lleva de la experiencia individual a la idea" (L`homme rèvolte). El personalismo católico de Emmanuel Mounier (fundador de la revista Espírit) y el existencialismo de Maurice Merleau-Ponty (Humanisme et terreur, Les Aventures de la Dialectique) conocen lejanas raíces sorelianas, sobre todo cuando Merleau-Ponty afirma que proletariado posee un destino revolucionario especial porque es la única clase que resume en sí la verdadera universalidad y la conciencia del destino histórico.

La herencia del Sorel de las Reflexiones, la descomposición del marxismo y Las Ilusiones del Progreso (libro de 1908 en que el autor procuró separar la tradición burguesa del racionalismo frente a la tradición socialista de la praxis), se reduce a su énfasis anti-intelectualista y a su exigencia de que es necesaria la lucha de clases, que sólo puede resolverse mediante la violencia del proletariado organizado.

Sorel creía en el poder regenerador de los sindicatos porque pensaba que la disciplina emanada de la producción industrial era la base fundamental de esa "nueva moral" con que siempre soñó. Quería que los obreros, en sus sindicatos, podrían desarrollar una disciplina basan su trabajo que, a su turno, resultaría en una reorganización social y política capaz de transformar la sociedad burguesa en una pujante "sociedad de productores".

Sorel es una figura aislada que pertenece más al siglo XIX que al siglo XX. No creó -como Marx- una escuela ni una doctrina que lo prolonguen el mundo contemporáneo; fue, en suma, un individualista político y un moralista del socialismo. Sorel se contentó con cumplir siendo un "viejo obstinado en ser, como lo fue Proudhon, un servidor desinteresado del proletariado". Ni más ni menos.

Armin Mohler, discípulo de Sorel

Dr. Karlheinz Weissmann

El "mito" o la "pintura de una batalla" nace espontáneamente y ejerce un efecto movilizador sobre las masas, les trae una "fe" y les hace capaces de actos heroicos, fundando una nueva ética: éstas son las piedras angulares del pensamiento de Georges Sorel (1847-1922). Este teórico político, por sus artículos y sus libros, publicados antes de la Primera Guerra Mundial, ejerció una influencia perturbadora tanto en los socialistas como sobre los nacionalistas.

Con todo, su interés por el mito y su fe en una moral ascética fueron siempre –y continúan siéndolo a pesar del tiempo transcurrido- una cuestión embarazosa para la izquierda, de la cual él se declaraba. Podemos observar esta reticencia en las obras publicadas sobre Sorel a finales de los años 60 (del siglo XX). Mientras que algunas corrientes de la nueva izquierda asumieron expresamente a Sorel y consideraban que su apología de la acción directa y sus concepciones anarquizantes, que reclamaban el surgimiento de pequeñas comunidades de "productores libres", eran anticipaciones de sus propias visiones, la mayoría de los grupos de izquierda no veían en Sorel mas que a un loco que se afirmaba influido por Marx inconscientemente y que llevaba a la izquierda, en su conjunto, más problemas que ventajas. Jean-Paul Sartre se contaba, por tanto, entre los adversarios de Sorel.

Cuando Armin Mohler, totalmente ajeno a los debates que agitaban a las izquierdas, afirmó su gran interés por la obra de Sorel, no fue porque veía en él al "profeta de los terroristas" (Ernst Wilhem Eschmann), ni porque esperara, como Sorel creía en el contexto de su época, que el proletariado conservase una fuerza de regeneración, ni porque estimase que esta visión mesiánica del proletariado tuviese todavía algún papel o función. Para Mohler, Sorel era un ejemplo sobre el cual meditar en la lucha contra los efectos y los vectores de la decadencia. Mohler quería

utilizar el "potente pesimismo" de Sorel en contra del "pesimismo debilitante" generalizado en las filas de la burguesía.

Seguidamente, Mohler criticó la "concepción idílica del conservadurismo". Releyendo a Sorel percibió que era perfectamente absurdo querer "conservar" cuando las situaciones habían cambiado en todas partes. La derecha intelectual no debe contentarse simplemente en predicar el sentido común contra los excesos de una cierta izquierda, ni a otorgar luz a los partidarios de la ideología de la Ilustración; no, ella debe demostrar que es capaz de forjar su propia ideología, comprender los procesos de degradación que se desarrollan en su seno y desembarazarse de los mismos, antes de abrir verdaderamente una vía de expresión concreta de sus propias posiciones.

Una aversión común a los excesos de la ética de la convicción

Cuando Mohler esboza su primer retrato de Sorel, en las columnas de la revista Criticón en 1973, escribe sin ambigüedades que los conservadores alemanes deberían tomar al pensador francés fuera de lo común como un modelo para organizar la resistencia contra la "desorganización del idealismo". Mohler participaba de la aversión de Sorel contra los excesos de la ética de la convicción. Vimos llevar a cabo su devastación de Francia de 1890 a 1910, con el triunfo de los partidarios de Dreyfus y la incompreNsión de los radicales por los verdaderos fundamentos de "ciudad y bien común"; la vimos también al final de los años 60 en la República Federal, después de la gran fiebre "emancipadora", combinada con el deseo de echar abajo todo el continuismo histórico, criminalizando sistemáticamente el pasado alemán.

Además de estas necesidades del momento, Mohler tenía otras razones, más esenciales, para redescubrir a Sorel. El anti-liberalismo y el decisionismo de Sorel habían impresionado a Mohler, incluso más que la ausencia de claridad con la que recrimina el pensamiento soreliano. Mohler pensaba, en cambio, que esa falta de claridad era el reflejo exacto de las propias cosas, reflejo que nunca se alcanza cuando usamos un lenguaje demasiado descriptivo y analítico. Sobre todo "cuando se trata de comprender elementos o acontecimientos muy divergentes unos de otros o de captar corrientes contrarias, subterráneas y depositarias". Sorel fomuló por primera vez una idea que muy difícilmente se deja conceptualizar: las pulsiones del hombre, especialmente los más nobles, que proponemos generalmente, fallan en su aplicación, los modelos explicativos del mundo, que tienen la pretensión de ser absolutamente completos, por el contrario, tienen un efecto paralizante.

Ernst Jünger, discípulo alemán de Georges Sorel

Mohler también se sintió atraído por el estilo de pensamiento soreliano debido al potencial asociativo de sus explicaciones. También estaba convencido que este estilo era inseparable del "objeto" de dichas explicaciones. Trataba de definir este pensamiento soreliano con más precisión con la ayuda de conceptos como los

de “construcción orgánica” o “realismo heroico”. Estos dos nuevos conceptos revelan la influencia en Ernst Jünger, que Hohler cuentra entre los discípulos alemanes de Sorel. En Sorel, Mohler reencuentra lo que había descubierto anteriormente en los primeros manifiestos nacionalistas de Jünger: la determinación para superar las pérdidas sufridas y, al mismo tiempo, atreverse con cualquier cosa nueva, a confiar en la fuerza de decisión creadora y el deseo de dar forma a lo informal, contrariamente a las utopías de las izquierdas. En tal estado de ánimo, a pesar del entusiasmo desbordante de los autores, estos permanecen conscientes de las condiciones espacio-temporales concretas y oponen a lo informal sus creatividades formativas.

El afecto nominalista

La filigrana que operaba tanto en Sorel como en Jünger, que Mohler ha denominado “afecto nominalista”, esto es, la hostilidad a todas las “generalidades”, a todo ese universalismo barroco que siempre quiere ser recompensado por sus buenas intenciones, la hostilidad hacia todas las retóricas enfáticas y burlescas que nada tienen que ver con la realidad concreta. Es por ello que el “afecto nominalista” despertó el interés de Mohler por Sorel. A partir de ese momento, Mohler nunca dejaría de estar interesado por las teorías y las ideas de Sorel.

En 1975, Mohler hizo aparecer una pequeña obra sucinta, considerada como una “bio-bibliografía” de Sorel, pero que también contenía un breve ensayo sobre el teórico socialista francés. Mohler utilizó la edición de un pequeño volumen en una colección privada de la Fundación Siemens, consagrado a Sorel y debido a la pluma de Julien Freund, para hacer aparecer treinta páginas (escritas de una forma tan hermética que son difíciles de leer) de presentación, por primera vez, al público alemán una lista casi completa de los escritos de Sorel y de la literatura complementaria a él dedicada. A esta lista se añadía un esbozo de su vida y pensamiento.

En este texto, Mohler quiso dar primero una sinopsis de las fases sucesivas de evolución intelectual y política de Sorel para poder destacar la posición ideológica bien diversificada de este autor. Este texto había sido concebido originalmente para una monografía de Sorel, donde Mohler hubiera podido poner en orden la enorme documentación que había reunido y trabajado. Desgraciadamente, nunca lo pudo terminar. Finalmente, Mohler decidió formalizar el resultado de sus investigaciones en una obra bastante completa que apareció en tres partes en las columnas de la revista Criticón en 1997. Los resultados del análisis mohleriano pueden resumirse en cinco puntos:

Una nueva cultura que no es de derecha ni de izquierda

1. Cuando hablamos de Sorel como uno de los padres fundadores de la Revolución Conservadora reconocemos su papel de primer plano en la génesis de este movimiento intelectual que, como indica claramente su nombre,no es "ni de derecha ni de izquierda", sino que intentaba forjar una "nueva cultura" que tomar el lugar de las viejas ideologías gastadas y devaluadas del siglo XIX. Por sus orígenes, este movimiento revolucionario-conservador fue esencialmente intelectual: no puede ser comprendido como un simple rechazo del liberalismo y de la ideología de la Ilustración.

2. En principio, consideramos que los fascismos románicos o el nacionalsocialismo alemán trataron de realizar este concepto, pero estas ideologías fueron herejías que se olvidaron de tener en consideración uno de los aspectos más fundamentales de la Revolución Conservadora: la desconfianza en relación con las ideas que evocan la bondad natural del hombre o la creencia en la "viabilidad" del mundo. Esta desconfianza de la RC era una herencia proviniente del viejo fondo de la derecha clásica.

3. La función de Sorel fue, en primer lugar, una función catalítica (actuar como catalizador), pero en su pensamiento encontramos todo lo que fue trabajado posteriormente en las distintas familias de la Revolución Conservadora: el desprecio por la "pequeña ciencia" y la extrema valorización de las pulsiones irracionales del hombre, el escepticismo en relación con todas las abstracciones y el entusiasmo por lo concreto, la conciencia de que no existe nada idílico, el aprecio a la decisión, la concepción de que la vida tranquida no vale nada y la necesidad de "monumentalidad".

No hay un "sentido" que existe por sí mismo

4. En este mismo orden de ideas encontramos también esta convicción de que la existencia está desprovista de sentido, o mejor: la convicción de que es imposible reconocer con certeza el sentido de la existencia. Esta convicción deriva de la idea de que nunca hacemos mas que "encontrar" el sentido de la existencia forjándolo bajo la presión de las circunstancias y de las coincidencias de la vida o de la historia, y que no lo "descubrimos" como si siempre hubiera estado allí, escondido destrás de la pantalla de los fenómenos o epifenómenos. Entonces, el sentido no existe por sí mismo porque sólo algunas raras y fuertes personalidades son capaces de fundar, y solamente en escasas épocas de transición de la historia, el "mito" que constituye siempre el núcleo central de una cultura que impregna enteramente.

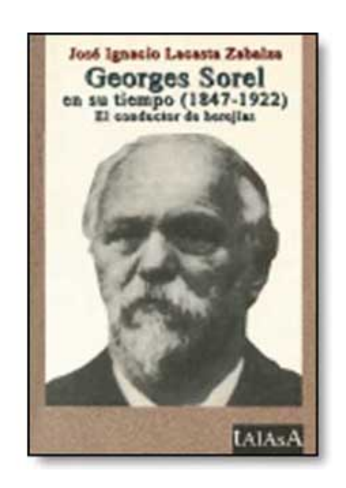
5. Todo depende, en fin, de la concepción que Sorel hace de la decadencia –y de todas las corrientes de derecha, por diferentes que sean unas de otras, por unanimidad de conciencia-, concepción que difiere de los modelos habituales: es la idea de entropía o del tiempo cíclico, la doctrina clásica de sucesión constitucional o la afirmación del declive orgánido de toda la cultura. En "Las Ilusiones del

Progreso" Sorel afirma: "Es charlatanería y una ingenuidad hablar de un determinismo histórico". La decadencia equivale siempre a la pérdida de la estructura interior, a un abandono de toda voluntad de regeneración. Sin lugar a dudas, la presentación de Sorel que nos proporciona Mohler se volvió más mordaz por su espíritu crítico.

Una teoría de la vida concreta inmediata

Con todo, algunas partes del pensamiento soreliano nunca interesaron a Mohler. Algunas lagunas del pensamiento soreliano, todavía patentes, sobre todo cuando se trata de definir los procesos que deberían haber animado a la nueva sociedad proletaria provocada por el "mito". Mohler se abstuvo igualmente de investigar la ambigüedad de buen número de conceptos utilizados por Sorel. Pero Mohler descubrió en Sorel ideas que a él mismo le habían preocupado: no se puede, pues, negar el paralelismo entre los dos autores. Las afinidades intelectuales existen entre los dos hombres porque, tanto Mohler como Sorel, buscarán una "teoría de la vida concreta inmediata" (recuperando las palabras de Carl Schmitt).

LIBROS RECOMENDADOS



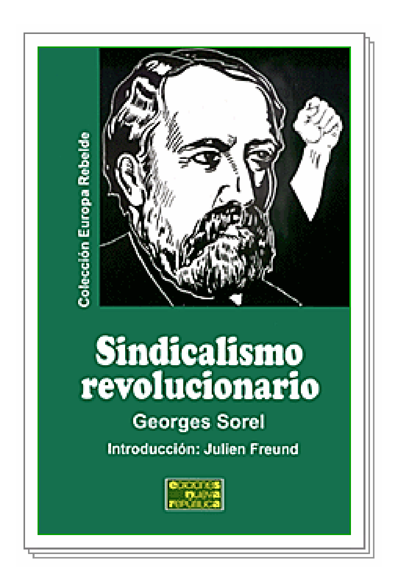
Talasa Ediciones

http://www.agapea.com/libros/Georges-Sorel-en-su-tiempo-1847-1922--isbn-8488119267-i.htm



Ediciones del Signo

http://books.google.es/books?id=-fv3_UCV43wC&pg=PA40&lpg=PA40&dq=georges+sorel+en+su+tiempo&source=bl&ots=w0AncJU7tu&sig=5Wq11QTh9DejoO08WJ1-FjNNLzI&hl=es#v=onepage&q=georges%20sorel%20en%20su%20tiempo&f=false



Ediciones Nueva República

http://edicionesnuevarepublica.wordpress.com/2010/01/07/%c2%absindicalismo-revolucionario%c2%bb/